EL MAR INDEMOSTRABLE

Ce Santiago

LA NAVAJA

EL MAR INDEMOSTRABLE

CE SANTIAGO

CE SANTIAGO

EL MAR INDEMOSTRABLE

Primera edición: marzo, 2020

© del texto: Ce Santiago, 2020
© de la presente edición: Editorial Humbert Humbert, S.L., 2020

Ilustración de cubierta: Alejandra Acosta
Producción del ePub: booqlab

Publicado por La Navaja Suiza Editores
Editorial Humbert Humbert, S.L.
Camino viejo del cura 144, 1.º B, 28055 — MADRID
http://www.lanavajasuizaeditores.com
ISBN: 978-84-123059-0-6
IBIC: FA

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra.

«La muerte cotidiana es la muerte
del agua. […] La pena del agua es infinita»

Bachelard

«Las sirenas, los demonios, el ruido del mar»

Julio de la Rosa

shhh¡¡HHHH!! Ven, ven aquí, y masculla Me cagoen dios.

El puño cerrado, la piel tensada del nudillo del dedo índice por todo el labio inferior, de lado a lado, la restriega luego contra la manga, tras mirarla, y entretanto la lengua por los dientes, los de arriba, los de abajo, y por las encías, varias veces, en círculo, una lombriz que busca la humedad, o el afuera, a lo largo del paladar, por el interior de ambas mejillas, y vuelve e inclina después la cabeza para escupir la captura, redes vacías, morralla descartada, en forma de un salivazo ceroso que corta el aire y va a parar a un charco en el que, girando parsimonioso sobre sí mismo, tal como hacen hasta validarse los pensamientos que, como mallas al arrastre por antiguos caladeros —cartografiados, frecuentados, esquilmados—, uno larga en su soledad, navega a la deriva por la superficie turbia y ceniza hasta que vara no lejos del borde, no lejos de una costa de imitación, una costa pretendida, transitoria, como pretendida y transitoria termina siendo la costa que temen avistar quienes se han entregado para siempre al mar, quienes son para siempre del mar: el mar.

Qué hace que no viene. Se exaspera. Ni se mueve del sitio. Que vengas he dicho. Mira al cielo, los grises distintos, superpuestos, rápidos, un toldo sucio y pandeado que tarde o temprano terminará por rendirse de nuevo al peso de un invierno terco —o de una primavera indecisa—; volvió a llover como había llovido toda la noche y toda la mañana, una lluvia fina pero persistente que trajo olor a pino y a eucalipto y a tierra, que acalló primero a los grillos y luego a los pájaros, que empapó las tejas rojas y las mosquiteras, que anegó las grietas del patio de hormigón, glaseó los parches de hierba de lo que una vez fue un jardín, oscureció el tejado de uralita del cobertizo y la tapia de bloques sin encalar coronada con verdín y trozos de cristales, y acorraló a los perros bajo la impotencia de los aleros.

Brisa. Brisa en los oídos. ¿De poniente? De poniente. Noroeste. Pese a no alcanzar a ver el horizonte. Margen primigenio. Último renglón. Averbal revelación. Hay gaviotas volando bajo, eso sí. Señal suficiente. Trae más agua. Me cagoen dios que vengas he di cho. Va a llover otra vez. Ya verás. Ahora parece que viene. A ver qué. Espera con las piernas separadas, rectas, entre las piernas y el suelo un triángulo de irregular estabilidad por defecto, aunque el defecto parezca estar siempre en el propio suelo, vibrátil y resbaladizo, movedizo hasta cuando no es sino suelo, como lo es ahora, tierra firme.

Pero el chico, pocos años, arrojando al mundo una sombra acobardada, dedos nerviosos en el interior del bolsillo, la mirada más allá de las punteras embarradas de sus zapatillas de deporte blancas, el oído muy por delante del roce de las suelas de goma en el hormigón, tan solo finge que avanza, amaga, da un rodeo mudo y cabizbajo, deliberadamente oblicuo y tardo en la obligación de abandonar, de abandonar dos veces[1], lo que sea que esté haciendo, así por fuera como por dentro, pues ese siseo es un mandamiento, toque de queda para ambos lugares.

Este niño, ca mina como si llevara falda, Caminas co mo si llevaras falda, dijo. Ponte derecho. Y no arrastres los pies. Joder. Tienes que dar zan cadas, dijo, zancadas de hom bre, y asido a veces a una regala imaginaria él mismo se puso a dar zancadas largas y briosas de hombre, clavando los talones en una cubierta que sin ser era, a hacer giros tan repentinos como imprevisibles, Con golpes de mar me gus taría verte a ti joder, dijo hiposo, echando al vuelo la otra mano y capeando bandazos a bordo de una nada flotante, haciendo bruscas indicaciones a nadie, gestos airados, esquivando escotillas abiertas de bodegas y cabos enrollados a chirriantes cabestrantes mentales, atento al giro de los motones y a los cables y a las cadenas que chorreantes presagiaban las redes llenas de vacío, y agachando la cabeza por debajo de algo aparatoso hecho de aire, siempre a zancadas, de un lado a otro, en círculos erráticos pero en su medio, podría haber estado gritando pero no gritaba aunque sí gritaban sus mohínes y sus brazos, que comandaban ante la mirada de recelo del chico (de alarma quizás, o de asombro o de bochorno o de lástima o de inquietud o de) una maniobra muy compleja y tan exigente como inexistente hasta que su cuerpo se detuvo en seco salvo su respiración, parpadeando y moviendo los ojos como si la verdad de los objetos que de repente tenía delante —la casa cuadrada, el pino pegado a la puerta, miles de acículas apiladas y otras miles apelmazadas en los charcos, las cáscaras de los piñones que las ratas devoraban durante la noche en las ramas más altas, por todo el patio de hormigón, las arizónicas que lo rodeaban, enfermas y de un verde bilioso, una escoba desgastada con el palo rayado y despintado y torcido de un golpe a traición en el lomo de uno de los perros apoyada contra la fachada al lado de un recogedor rajado y con grumos, mezclas de resina y polvo— despidiera una luz cegadora y paralizante a la cual tuviera él que hacerse a la fuerza: la anunciación de un mundo tangible al que era ajeno en esencia, alma non grata, pero no en sustancia, cuerpo entre cuerpos, objeto entre objetos, y al que debía o bien aparentar pertenecer como otra ínfima parte de un todo dado y siempre indómito, o bien despreciar objetos y fogonazos, licuar toda inmanencia hasta volverla marea, oleaje, una irrealidad más

soportable por más falseada, acuática, palabra hecha océano para así surcarlo y contemplar la estela que dejara su existencia en el devenir con la misma suficiencia con que, de pie, en el puente, contempla el patrón a la tripulación que faena y acata.

Pero allí no había más agua que la que había traído la lluvia.

Desde el bochorno de aquel estar ahí súbito clavó la mirada en el chico y el chico en él, y permanecieron inmóviles un instante, calculando la distancia que los separaba, ahora mayor, el uno en brazas y el otro en cautela[2], uno el turbión y otro el bote a la espera del embate.

Que vengas, dice, mueve hacia sí una mano, proa de la voluntad, como quien cobra un cabo, y el chico carga hasta allí con su obediencia.

Te tengo dicho que no arrastres los p ies joder, dice, y después lo lengüetea, lo mastica, Y que des zancadas de homb bre, y entretanto levanta la mano y la mantiene en el aire, la vuelve, marejada en el pulso, mostrando el dorso de los dedos índice y corazón, juntos y en horizontal, cerrados los demás, unidad de medida que el chico capta a la primera, y al compás de la melodía inaudible que los eucaliptos danzaban lánguidos se da la vuelta y va hacia la casa, …ncadas de hombre!, persiguiéndole, y con una mano apoyada en el gotelé del umbral frota las suelas de las zapatillas contra la toalla raída y arrebujada y azul que cada vez peor hace de felpudo. Entra al salón. El golpe del calor que despide la chimenea hace que los ojos se le empañen. Esquiva mal el brazo de la butaca y bien la mesita con los restos todavía tibios del desayuno cuando en la televisión alguien pierde cuanto llevaba ganado. El universo fluorescéntrico de la cocina tan solo parece deshabitado. Con la respiración contenida abre el mueble de encima del fregadero para evitar el olor y la visión del medio cigarrillo encendido, posado en un lateral de la pila de aluminio, junto al estropajo, el humo denso y sinuoso que se derrama hacia el techo. La puerta de atrás está abierta. Oye el sonido como de serrucho del aliento de uno de los perros tras la cortina verde de cuentas. Saca un vaso y cierra el mueble. Después el de debajo del fregadero, la puerta siempre roza con el marco del mueble contiguo. Saca una botella y cierra el mueble. La puerta roza de nuevo. Abre después la nevera, y después el congelador. Hielo en cubitos. Tres. Cierra el congelador. Dos dedos de *whisky*. Refresco de cola. Cierra la nevera. Vuelve al salón. Vuelve a esquivar la mesita y la butaca. Oye la cisterna al pasar por delante del pasillo, y en la televisión suena un aplauso algo forzado y la persona que ha perdido cuanto llevaba ganado se esfuerza en devolver el aplauso. Sujetando el vaso por los bordes como si el contenido hirviera el chico regresa al patio, donde él lo espera con el brazo ya largado y todo el ansia a sotavento, y le

arrebata el vaso de las manos tan pronto lo tiene a su alcance, y la impaciencia hace que derrame parte del líquido sobre los dedos del chico, que se los limpia en los bajos de la camiseta, haciendo como que le pica la espalda y luego que se recoloca los pantalones aprovechando que a él los ojos le bizquean ocupados con un punto muy lejano, mucho más allá del confín circular, libre de augurios, del fondo del vaso[3].

De manera que eso era todo. Podía irse. Tenía en el bolsillo un trozo de cuerda, y pensaba fabricarse un arco. Ya tenía la flecha. Una caña seca. La había encontrado bajo las arizónicas mientras buscaba lagartijas para fastidiarlas hasta que se desprendieran del rabo, y fastidiar también al rabo hasta que dejara de retorcerse, separado del cuerpo. Asombroso. Iba a afilar la caña frotándola contra alguna piedra, o contra el hormigón. Solo le faltaba un palo para hacer el arco. Sin embargo, los que había encontrado hasta entonces se rompían en cuanto les ataba la cuerda y trataba de tensssssshhhHHH de nuevo que traspasa el aire y traspasa también al chico por la espalda y suena como espuma de ola que se disuelve hasta que se ahoga en la brisa.

Dónde vas, Ven ven a quí, dice, y el chico va de nuevo allí, y pone el codo sobre el hombro del chico y todo su peso sobre el codo por siempre, y a empellones remolca al chico, dando guiñadas hacia la parte de la parcela que no está cubierta ni de hormigón ni de baldosas ocres ni con parches de grama pálida, allá donde el suelo era todavía silvestre, de arena fina y piedras y más acículas y más cáscaras de piñones, suelo en el que crecían plantas rastreras que soltaban unos pinchos redondos parecidos a erizos diminutos que se enredaban en el pelo de los perros y el único modo de arrancarlos era sujetando con fuerza al animal entre las rodillas y con unas tijeras cortar los pelos endurecidos alrededor de los pinchos redondos después de asegurarse bien de que no se trataba en realidad de una garrapata hinchada como una uva en octubre.

Estira el cuello. Mira en derredor. Falta algo.

Sorbo.

Acerca el vaso a la cara del chico y enarca las cejas para darle a entender que lo sujete y el chico lo sujeta otra vez por el borde, y lo ve virar, orzar y volver sobre sus pasos, lo ve dejar un charco a babor y, de nuevo en el patio, agarrar el recogedor y quitarle la parte plana de plástico, lo ve tirarla y darle una patada con ese desprecio que mostramos a veces por los objetos por el mero hecho de ser objetos, por pertenecernos, por valer menos que la utilidad que le damos. De modo que se queda solo con el palo y blandiéndolo regresa, seguido de cerca por la curiosidad de uno de los perros que balanceándose olisquea su rastro, y al pasar él junto a uno de los pinos golpea la

impasibilidad del tronco y el perro brinca hacia atrás y huye al trote, mirando de reojo y con desconfianza apenada por encima del lomo mojado, encrespado.

El chico contiene el aliento. Nota el frío de los hielos en la yema de los dedos; le retiembla el perineo, y encoge los dedos de los pies dentro de las zapatillas como queriendo clavarlos en la tierra y así echar raíces profundas y exudar savia que se vuelva corteza para que lo endurezca por fuera igual que a ese pino.

Se oye a lo lejos el petardeo de una motocicleta que acelera y después se pierde, una mosca a la oreja.

Como si lo reconociera solo vagamente entrecierra los párpados y mira al chico, al contorno de sus ojos, un instante, y con un gesto de la cabeza le indica que le devuelva el vaso, y el chico se lo devuelve, y entonces da un sorbo largo, triunfal, de memoria, y recompuesto agarra al chico por la muñeca con la mano con que sujeta el palo del recogedor y se sorbe la nariz mientras uno a uno pasa revista a los dedos del chico y después se frota un ojo con el pulgar de la otra mano y derrama un poco de bebida sobre su propia camisa abotonada a medias, aunque al parecer no se percata o no le importa.

Tienes manos de niña, o de mari de maricón, dice, con el vaso casi en los labios. Sorbo. Te tienes que mear en las manos, dice, con la bebida a medio tragar, y le suelta la mano como quien desdeña herramientas de mala calidad, Para que se te en durez can, joder, dice, y añade Méate en las manos de vez en cuando, para tener manos de hom bre, joder, para los callos, y bebe otra vez, Qué callos vas a tener tú, dice, De cascártela a lo mejor, y ríe por lo bajo, la manga por la boca, Mira, yo me las meo todo el rato, ¿ves?, y sostiene vaso y palo con la misma mano y planta la otra delante de la cara inmóvil del chico, una mano leñosa y parda de dedos romos, una parra seca, y la gira, palma dorso palma dorso palma, Son manos de hombre, dice, con palabras burbujeantes, Callos, jo *der*, de bregar, y hace una pausa durante la cual el chico teme que le pida que se orine en las manos ahora mismo y así comprobar que lo hace y ni siquiera tiene ganas de orinar o peor aún que sea él quien lo haga, que se desabotone la bragueta y se saque… pero en mitad del hipo le dice que use una pelota de tenis.

Usa una pelota de tenis, estrújala, estruja una pel una pelota de tenis, coño, de vez en cuando, ya que pasas de la ra queta usa por lo menos la pelota, y levanta la cabeza coño no me pongas esa cara me cagoen mira míra me, dice, Yo me meo las manos todo el rato, joder, hazme ca so coo ñooo, y sorbe, y el chico toma aire y le dice al suelo que de acuerdo, que lo hará y que lo promete. Piensa en ocultar las manos en los bolsillos, pero cambia de idea. Cierra los puños. Cruza los brazos. Enseguida los descruza.

Ambos se quedan callados.

Mira al cielo. Otra vez. A la luz albina y displicente. Contrae las mejillas. Aspira ruidosamente por la nariz. Bebe y baja la mirada y se escora hacia el chico y le pega el codo al hombro, y abordado el chico nota su aliento, lo oye respirar, lo oye tragar, una piedra arrojada a un pozo.

¿Sabías que las borrascas se mu even?, ¿eh?, dijo, Mírame, atiende, no lo sabías a que no, pues vaya si se mueven. Sorbo. Son baaajas presiooones, dice, como hastiado, una gota avante toda barbilla abajo, el chico esquiva sin ser visto, ya sabe cómo, el olor de sus palabras.

Con la suela de su mocasín trata de despejar un trozo de la tierra que tiene delante, apartar las acículas y las cáscaras de piñones y demás, alisarla, como una tablilla de arcilla o de cera, a la vez que con el otro pie y con el codo logra a costa del chico mantener su vaso y a sí mismo en un equilibrio imprudente. Va a dibujar algo. Va a escribir algo. Su letra. Su letra hiriente y cuneiforme cuando después del almuerzo en vías del sueño, frente al televisor, arrullado por los disparos de un *cowboy* mellado sin afeitar que pretendía hacer bailar a balazos a un camarero con tirantes en un *western* de medio pelo, ahíto y quebrado en la butaca con la cabeza colgándole del cuello como si cada párpado pesara una tonelada y el labio inferior haciendo esfuerzos espasmódicos por tocar la punta de la nariz, el chico recogió los platos y los llevó a la cocina y los puso en la pila donde su madre pospuso la tarea y el abandono y se permitió sonreír al chico y luego apagó una colilla debajo de un hilo de agua, y él bajó la vista y esquivó la mesa y el brazo de la butaca de camino a su habitación, a estudiar, las sempiternas matemáticas, Aprieta un huevo contra otro, decía él, La puerta encajada, Nada de puertas cerradas, si bien alerta porque antes de empezar quería rematar el dibujo de un barco entre acantilados brumosos coronados con un castillo que estaba intentando a lápiz en la última hoja cuadriculada del cuaderno de las matemáticas, unos acantilados similares a los de un cartel que amarilleaba por los bordes, Francia o Noruega o Escocia, pegado, algo torcido, con restos de cinta adhesiva al escaparate de una agencia de viajes, una vez que volvían del muelle en coche, el dibujo iba a hacer de encabezado para un relato que había empezado más abajo, «Tras un largo viaje, el barco del rey regresaba a su…» así que abrió el cuaderno de las matemáticas por la última hoja, le estaba quedando realmente bien, pensó, las olas contra las rocas[4] al pie de los acantilados y la quilla del barco, con una única vela henchida, para el primer relato que iba a escribir, el primero de muchos quizás[5], quién sabe, y tropezó con su letra aristada y elemental ESTO SON GILIPOLLECES en mayúsculas, cada palabra escrita al parecer gracias a un esfuerzo extenuante, acuchillando, atravesando el dibujo y las

primeras líneas del relato, y como una marca de agua que susurrara al oído sus huellas quedaron impresas en las demás páginas, y en las por venir, y en las que no llegaron, palabras que significaban lo que significaban y que estancaban a la vez la verdad arquimedea que ostentaban, y la boca se le secó al instante, y tragó pero tragó nada, y arrancó la hoja despacio, y más despacio aún la arrugó hasta hacer una bola que luego prensó a conciencia mientras de puntillas entraba al cuarto de baño, la echó al cubo blanco de los desperdicios pegado al retrete color gamuza, polvo y un vello púbico en la tapa, y la cubrió con restos de papel higiénico y una maquinilla usada hasta que quedó fuera de la vista, y finalmente tiró de la cadena para justificar aquella visita al cuarto de baño, demasiado cerca de la oreja siente y huele un *Bajasss presiones* gaseoso y urticante y ve cómo aprieta los labios y cómo, usando el palo del recogedor, garabatea en la arena húmeda que no ha logrado ni despejar ni alisar lo que en apariencia son unas elipses abolladas mal concéntricas, Menos de mil, de mil trece milibares, mira y atiende coooo ñoo suelta ya esa cuerda que me estás poniendo de los putos nervios me cagoen dios. Tírala, tírala, que la ¡tires!, ¡joder!, y atiende, coño. ¿Ves?, dice, dibujando espirales, derramando otra vez la bebida, Joder, para sí, y se lamió el dorso de la mano, ¿Sa bes lo que son? ¿Eh? Sorbo. ¿EH? Tú qué vas a sa, son, se llaman curvas isobaras, dice, Son un sím bolo, las isobaras sirven para, representan milibares, la presión del aire de latmóssfera.

Sorbo.

Asoma súbita la lengua.

Va a decir algo más, pero cambia de parecer. En su lugar, más encorvado, como si estuviese a la mesa en un cuarto de derrota, ya derrotado, dibuja otra línea que atraviesa las elipses y dice La costa, y tangente al nuevo surco que en su amurallada opinión representa la costa traza otra espiral, Y esto es una borrasca, las erres le patinan, Como esta, dice, y señala las nubes con el palo, Y las borrascas *son* bajas presiones ¿no?, menos de mil trece, mil ¿entiendes? El chico sin embargo va rumbo norte tras un grupo de gaviotas, dispersas como se dispersarían por una alfombra gris las perlas de un collar que estallara muy por encima de las titilantes copas de los pinos ¡A-tien-dea-es-to!, ¡joder!, te estoy explican do una ¡cosa!, azota el aire con el palo, impacta el extremo contra la arena, Coño, atiende, aprende algo, joder, qué te cues ta, ¿estás gilipollas o qué te p, me cagoen diosss? Y el chico, cáscara maltrecha, fruto ya introverso, atiende.

—Pareces subn mil trece, para medir las isobaras, la presión de la atmósfera, atien de, mira, se mueven así, en sentido *contrario* a las *agujas* delre *loj*, dice, De derecha a iz quierda, en sentido con… tra… rio, dice mientras dibuja, a las agujas del… ¿ves?, ¿entiendes o no?

Sorbo.

Las palabras le caen de la boca en sílabas acuosas, gotas de un grifo que cierra mal, Se comportan como, como, dice, y escruta el suelo, y cuando halla lo que busca se agacha, pero antes bebe, meñique al aire, a por el trozo de cuerda que había dejado caer el chico, y agachado rebusca en la tierra y agarra una piedra, se incorpora y sujeta el vaso entre el antebrazo y la tripa, y con la mano sucia se palmea la pernera y se deja marcas, Se comportan como… si atáramos… una pie dra a una cuerda, dice haciendo lo que dice, afanados los dedos igual que marineros arracimados en popa, aunque el nudo no aguanta y la piedra cae, y vuelve a agacharse y a repetir toda la operación, Me cagoen dios, ahora sí, como si atásemos una pi edra a una cuerda, dónde tendría más fuerza ¿en el extremo o en el cen tro?, a ver, dice mientras hace girar la cuerda por encima de la cabeza, vaga pantomima de lacero, sin derramar ni una gota, pero el nudo apenas aguanta y sin sonido alguno la piedra cae a la tierra parda a su espalda, Venga, di, dónde, venga di, di algo, dice estrujando la cuerda y recobrando el vaso, esperando la respuesta que el chico no daba, Pues en el extremo joder, en el extreeemo, tirando de la segunda vocal.

Sorbo.

Otro.

Bajo la mirada aterida de una tórtola en el tendido eléctrico.

Por eso no tiene sen tido cuando la gente dice lo del ojo del huracán ¿comprendes?, dijo, No… lo… tie… ne, repitió, cada sílaba acompañada con un golpe de palo en el suelo, una sílaba un golpe, acículas y grumos de arena húmeda salen despedidos, dice Si lo sabré yo joder que el ojo delhura cán está en calma. En… cal… ma. ¿Lo entiendes o no?, pregunta de nuevo, pero con la voz en retirada, claudicando casi, como si de una vez por todas tuviese que asumir que algún tipo de estupidez consustancial impedía al chico comprender, Y se mueven en *sentido* contrario a las *agujas* del *reloj*, añade, casi para sí, con la voz del recuerdo, y luego bebe a la vez que traza otra espiral desencantada en sentido contrario a las agujas del reloj, sobre las líneas isobaras y sobre la costa y sobre la borrasca esbozadas, la arena que se levanta al ararla con el palo que ha usado como un lápiz gigante continúa acumulándose encima de las espiras ahora indistinguibles, hasta que toda esa representación esquemática de isobaras y de borrascas y demás se le revela como lo que es: decenas de trazos con decenas de trayectorias diferentes e indiscernibles, y compone un gesto de contrariedad durante los segundos desiguales en que contempla la fallida carta náutica, y sostiene entonces el palo en alto y lo observa con detenimiento, sopesando quizás su idoneidad como material de dibujo, como si el error residiera en él, o darle tal vez un uso más apropiado como palo que es. Lo balancea despacio,

como si enarbolara una bandera en un desfile cuyo fin no acabara de convencerle. El chico comienza a sentir por tanto que la culpa de que todos los rudimentarios arañazos en la tierra se hayan vuelto de pronto incomprensibles le está siendo transferida, que ahora, por algún motivo tan misterioso como incuestionable —para darle quizás un rostro familiar al miedo, y que no sea así más que un miedo familiar—, le pertenece.

Uno de los perros ladra tres veces y otro le huele el trasero.

El último sorbo es poco más que restos de deshielo que tienden al marrón; bebe igual que beben los peces: no por sed sino por respirar[6].

Alza el vaso, y crispadas las comisuras de los labios trémulos escruta el fondo. El chico extiende la palma de la mano.

Llueve de nuevo. Una llovizna invisible que se estrella contra su rostro como la metralla de un insulto que le estallara en plena cara, y entrecierra los ojos.

¿Te da miedo el a gua o qué?, dice. El bandeo del palo. Mar de leva en la respiración. La brisa que cambia a un acorde menor. Habiendo chocho y cue va, que llueva…, recita, y vira hacia el chico. Los ojos como rendijas hacia el cielo de tinta aguada. Murmura Borrascasss. El palo. Se prensa el labio superior entre los dientes. Proyecta la mandíbula. Sacude la arena húmeda adherida al extremo del palo, atizándose con él en la pernera ya manchada. Me cagoen dios, dice ante las prisas de las nubes. Un trueno no tan a lo lejos. Se palpa el bolsillo de la camisa. Joder… Hace tintinear los pecios de los hielos. Arroja el palo a sus pies.

Se pasa la mano por la cara, y la lengua por los dientes, los de arriba, los de abajo, y por las encías, varias veces, en círculo, y le tiende el vaso al chico, Rellena, le dice, y tráeme el tabaco.

Y ata al perro negro,
le grita a la espalda.

—nda ya —con quince? —me cagoen dios, recién me bajé del autobús —anda ya —doce horas de autobús, o más —la virgen —que cogí la maleta con una mano la chaqueta con la otra y salí corriendo —je je je, entiendo —la vi desde la balaustrada, hacía levante y estaba brava y rompía de cojones —lo más parecido que habías visto en tu vida era el río de tu puebl —ba acojonado pero la miré como con desprecio y por encima del hombro —no había ni río —una caracola pegada a la oreja —je je je —que pareciera que llevaba viendo la mar toda la vida, que me había criado aquí [y no en un pueblo de ninguna sierra de ningún lugar, roquedal, polvo encostrado, rodeado de estacas grises y de tierra, de dejación, donde el sol engullía el color de los troncos ya secos, y ni siquiera la maleza parecía tener ganas de vivir] —igualito que yo, la madre que me par —me encendí un cigarro —hablando de cigarros, dame uno de es —y nadie se dio cuenta, que yo sepa, era de lo que se trataba, ¿no? —y dame fuego, hazme el f —nueve estaba yo pegado a mi padre todo el santo día, desde las seis en la lonja, y después a recoser trasmallos, lo poco que había era p —ponme otra —¿para dónde dices que es? —para el *Diario de* —cogiendo gusanas y muergo con marea baja, y con el fango que te llegaba hasta los sobacos, salías con las pantorrillas llenas de cortes —s enterado?, con nueve, y tú con la edad que tienes y tocándote los cojones a dos man —y todo por cuatr —mucha hambre, la puta que me par —¿y usted? —vendiendo caramelos en el cine por las tardes y descargando camiones, pero de fruta, en el merc —anda mira, eso voy a hacer yo con este, a ver si así se —después ayudaba a apilar las nasas, por lo menos hasta los catorce o los quince, las manos todo el día con un pestaz —hasta que entré de camarero aquí, porque a la mar salí solo una vez, de chaval, a la caballa [en una trainera roja que se sacude como un animal que quisiera desprenderse de cuantos van a bordo, mono botas guantes de goma, llora por el frío, y el viento le escarcha las lágrimas y se las incrusta en torno a los párpados, vaticinio de lo inminente a temer, treinta millas mar adentro, a flote en un no lugar, y al fondear largan los sedales con unos molinetes que recogen poco después con los anzuelos plagados de peces que convulsos caen a plomo en cubierta, pero también algunos sueltos, anzuelos libres de carnada son ahora diminutos peces centelleantes en sí mismos que salen a brincos del agua, y a través de la goma de los guantes algunos van a clavarse en los pulpejos o en las palmas de las manos o entre los dedos o detrás de las orejas, arrancan goma y jirones de epidermis, con el frío ni te enteras dice un marinero muy viejo, y ríe a coro con

un enjambre de gaviotas que los siguen a todas partes como las almas de los ahogados, la sangre se seca enseguida, y se mezcla con la de las caballas y con el salitre, el temor a que le saquen un ojo macera en el abrasador olor a gasoil que le anega el estómago, lo revuelve como quien revuelve un guiso, al compás de los bandazos incesantes; esa noche sueña que los ojos se le caen de las cuencas y que un banco de caballas los devora, desde entonces el mar desde la orilla, la misma orilla desde la cual, paradoja entre paradojas, el profano se entrega a la creencia de que, de adentrarse, el mar le lavará todo pecado, cometido o por cometer, todo error y todo terror, venido o por venir; nada más falso; la orilla: el mar de los fingidos aspirantes a románticos y los acobardados] —sa edad yo repartía vino en garrafas por los pueblos de la sierra con mi padre, que nos llevaba con él sí o sí o si no también, a mí y a mi hermano —hombre no a ver —nos levantaba a las cinco, en invierno, con un frío que te dolían hasta las pestañas, y en verano te abrasabas dentro del coch —je je je —al cabrón no le hacía falta ni entrar en la habitación [le bastaba con sisear, ascuas arrojadas a un cubo de agua, y después los grillos, y desde la cama alcanzaba a entrever la mitad de su silueta asomada al quicio en la penumbra superpuesta a la frágil luz de litio del amanecer medio segundo, el puño cerrado, el pulgar en la cintura del pantalón, a la espera, una espera irascible de la que mejor no abusar, tenía que saltar de la cama como si las sábanas estuvieran en llamas en lugar de heladas, plantar los pies desnudos en el suelo de losa; el día que no lo hizo, el día que probó a fingir que no lo había oído, que probó a hacerle creer que seguía dormido, de espaldas a la puerta, la inocencia del sueño, qué mal había en dormir un poco más, ojos cerrados, dedos cruzados bajo la almohada, tan solo sintió el impacto súbito y seco y gélido de la hebilla en un omóplato] llenábamos la garrafas chupando de un manguito así que acababas con una cogorza que —mira, de eso sí que hace años, no veo una nasa que no esté comida de mierda desde yo qué sé, no se usan nasas desde hace lo menos, o sea… —y venga a meter garrafas en el maletero, o eso o al internado, como mi otro hermano, por colgar a un chivato de un olivo —je je je —qué hijo d — quieres otra? —¿lo colgó? —la virg —pero tocaba el suelo con la punta de los pies, eh —je je —fue cuando me surgió lo de la beca, yo iba para mecánico tornero, así que cuando me cuelo allí y pasan lista y me sueltan ¡formación marítimo-naval —otro? —las que quedan yo creo que ni tienen dueño, están abandonadas y huelen que la madre que me parió —é más da, has acabado embarcado, que para el caso es lo mismo —me quedó la cara de un burro empapado, y voy y se lo digo al profesor, mire usted, es que yo venía para tornero, y me repite formación náutic —ieres otro o qué —venga —y que eso es lo que hay

Una cucaracha asoma por un agujero en la base del zócalo, pero

enseguida vuelve a esconderse y un momento después sale de nuevo, agita las antenas, vuelve al agujero.

—otal para qué si esto está esquilmado, si el muelle entero está muerto, o sea, cuando me embarqué había filas y filas de barcos esperando para descargar, tres y hasta cuatro filas de barcos amarrados, día y noche, y ahora, mira, un puñado de traineras, algún crucero de higos a br —er, qué llevas —ni siquiera se ven rederos —marañas de redes llenas de basura, eso sí se v —pero rederos nada, para qué, joder, los barcos de arrastre ya no entran como entraban antes, —si lo sabré yo me cagoen dios, que voy al arrastre —ni mariscadores hay en la playa, para cuatro pobres desgraciados que van a la almeja y los bañistas se quejan —que si se queda todo lleno de agujeros dicen —o ¿no? — … —que si para ellos hay bandera roja que a ver qué co —que te digo yo que sí, me cagoen dios, con todo el rollo ese de la doble bandera descargamos en M*** que sale más a cu —pues entonc —entiend —ya te decía —pero también te digo que la mayoría de los barcos se han ido a A*** porque las tasas son más baratas que aquí, y prefieren estar allí fondeados —ya, comprendo… —tro sotas y tres caballos —joder —y esperar para descargar antes que —no tiene nada que ver —mo que no?, ¿quién va a descargar aquí con esas tas —bueno, sí, a ver… —y los cupos, que me parece muy bien, ojo, pero que nos han jodido a muchos eso también te lo dig —que los que salen al trasmallo no puedan combinar —por ejemplo —como cuando vas a la centolla, y que uno no pueda enganchar también la raya, que p —o dividirlos, por lo menos dividirlos, en trimestres aunque sea, joder —ahí estamos, a ver si los divid

Olor a lejía, o a algo parecido a la lejía, y una televisión, encendida pero con el volumen bajo, sobre una repisa beis de hierro atornillada a una esquina del techo, justo encima de una mancha de humedad con aspecto de erupción cutánea, una vitrina vacía, ceniceros repletos, humo en estratos.

—ed embarcó por primera vez en el norte entonces? —y qué iba a hacer, ¿volverme al pueblo?, dije, pues nada, a ver cómo es esto —como todos —la primera vez al G**S** —como todos también —para variar, la m —pues anda que has v —on los cabos esos forrados de esparto que si se enganchaban había que largar otra vez, lo menos cien o ciento y pico braz —la madre q —mbién anduve por allí —y luego, me cagoen dios… al bacalao, a T***, seis meses, allí no estuviste tú ¿eh?, me acordaré hasta que me muera, y eso porque no me morí allí —je je je —se trabajaba en cubierta eh, no como ahora, y se dormía cuando se podía, o sea casi nunca, camarotes con tíos apilados como si aquello fuese un armario, de pie no cabíamos todos, cuando volcaban el bacalao en cubierta parecía que llovían peces [pero lo que llovía era el peso muerto de la desolación en forma y

contenido de plaga bíblica: alcatraces cegados por la ventisca y la falsa abundancia se reventaban el cráneo al lanzarse en picado contra la cubierta repleta de peces que boqueaban atónitos; colgado al cuello con un cordón de esparto, como un amuleto (y no nos dejes caer, al menos no al mar), llevaban un pote de metal, y cada poco subía el cocinero con un cazo humeante en cada mano para, sin derramar nada a pesar de los bandazos y del suelo resbaladizo, vísceras espuma escamas plumas sangre, servirles un chorro de café y otro de aguardiente, mezcla que se enfriaba en segundos si no engullían de un único trago, trago que abrasaba el pecho y atenazaba el estómago, bebedizo prodigioso que arramblaba las dudas que despertara la conciencia empapada por siempre jamás del estar allí, a milagroso flote entre glaciares y riscos cuyos contornos serrados realzaba los parches de nieve de un blanco eterno, acantilados cortados a pico que velaban la inquietud del encrespado mar de acero[7]; el cuerpo avivado y la existencia sofocada, padre y madre de la indolencia productiva del hombre; dicho de otro modo, porque borrachos aguantaban] destripando bacalaos o lavándolos o fileteándolos o metiéndolos en cajas, imagínate llenar de filetes de bacalao un barco de esos, con una eslora de cuarenta y pico metros o más, me cagoen di [seis meses de entumecimiento y tiriteras; y es sabido que el padecimiento individual apuntala en ocasiones la cohesión del grupo, mientras destripaba bacalaos en cubierta quiso fumarse un cigarrillo, y la piel de los labios se le quedó pegada a la colilla y se los despellejó, el doloroso rojo de la carne viva, y al beber la ineludible mezcla de café y aguardiente fue como besar un rescoldo, escupió como escupe el cachalote, y todos rieron con la risa del superviviente, también él; les daban guantes de lana pero mejor habría sido no llevar nada, pues no tardaban en empaparse, en escarcharse, en endurecerse, y al poco ya no sentían las manos o sentían que no tenían manos, y si al destripar o al filetear bacalao se rebanaban la palma o los dedos no se enteraban hasta que el carmesí de la sangre liberada se imponía al cobrizo del tejido y al verdor de las tripas, pero poco importaba, con las venas también heladas las manos se hinchaban tanto que al acabar la jornada igualmente tenían que hacerse cortes en la base de los dedos para que corriera la sangre y mantener a raya la gangrena, y después de sajarlas orinarse en ellas, constantemente, decían, para prevenir las infecciones; pero aun así vio a hombres perder dedos por la gangrena; vio a uno perder toda una mano por la gangrena; si la gangrena te agarraba había que esperar, cortar y esperar, dos, tres, cuatro días, con suerte, una semana quizás, a que otro barco rumbo a tierra te llevara; pocos volvían enteros; una madrugada cualquiera, en la litera, nicho y purgatorio, entre ronquidos de otros y el gruñir de las máquinas y el hedor a pescado, el punzante escozor en los dedos y el

estómago hecho un ovillo, dio por hecho que iba a morir allí o congelado o roído por la gangrena, y tuvo que morder la manta para que se le fueran las ganas de llorar, pero al levantarse, como quien amanece airoso tras una noche de blasfemias contra los cielos, se vio de nuevo con vida y de nuevo faenando, y vio que mientras siguiera vivo no iría a parar a ningún lugar que no fuese oceánico, vio que ni podía ni quería evitar que, a través de todas aquellas heridas, externas o internas, lo infectara a perpetuidad la enfermedad de sumar batallas ganadas al mar] hasta había presos a bordo, carajo, les reducían la condena por cada marea que ec —la madre que me p —y no era como ahora, eh, entonces no se llevaba radar, que llegamos a empalmar lo menos sesenta días de niebla cerrada, en cubierta uno no se veía ni la nariz, lo único era tocar la sirena sin parar y rezar para no dar contra el hielo, o que no te embistiera otro barco —verás que al final tiras el vaso —no te cabrees, anda, y apunta bie —a ver, igual que en la merc —trae, toma, qu —endo chapuzas desde los catorce, buscándome mal la vida hasta que me embarqué, no me quedó otra, como no daba un palo al agua ahora es el agua la que me da los palos a mí [llevan a bordo seguridad privada, armados, y no es rara la noche en que acaba bocabajo en el suelo del camarote, mascullando joder, y con esto no me salen las cuentas, y en cuanto pise tierra ni borracho vuelvo a embarcar, con la cabeza escondida bajo los antebrazos como si los antebrazos fuesen una protección infalible frente a los disparos que resuenan contra la chapa en la oscuridad y cuyo eco perdura en las mamparas de los pasillos y en las escalerillas y en la sala de máquinas y en sus oídos, pero en tierra las cuentas acaban por salir y, perfectamente sobrio, vuelve a embarcar; al inicio de cada marea, antes de poner un pie en cubierta, los registran y confiscan los teléfonos y las cámaras y las grabadoras, y los tiroteos quedan entre ellos y el mar] ni patrón como tú, ni contramaestre, ni maquinista, eh, que ni para cocinero valgo, y mira que me apretaban las tuercas, pero yo nad —baño, joder, al baño —í que ya sabes, chaval, yo que tú —cartilla de embarque voy a sacarle yo a este un día, ya verás —tú qué —o mismo? —a mí dos deditos de ya tú sabes qu —n el muelle? —a mí sí —el niño quiere otro refresco?

Algunos son hombres cilíndricos y sin cuello como son cilíndricos y sin cuello algunos hombres que han sobrepasado los sesenta; otros tienen la apariencia nervuda y áspera del cáñamo entrelazado; como si los arrastrara la marea aparecen allí a diario, irradiando esa clase de decencia incuestionable que abraza a quienes han trabajado como mulas; respiran por la boca, tosen y escupen en pañuelos de tela; beben en legítima defensa, con los codos en ángulo, como encadenados de costado a la barra de aluminio mate a la que, al hablar, dan manotazos a veces.

—hombre, a ver, yo también me acuerdo, que los he descargado

eh, venga camiones, hasta me acuerdo de haber visto el tren en el muelle, el tren, en el muelle, cargando vagones de —no, este no quiere nada, shhH, ponte allí, a ver si se te pega algo —las vías están ahora cegadas de mierda, apenas se ven —cómo que pasas, algo llevarás hosti —ntate ahí, donde el cuadro ese, y apréndete los nudos aunque sea, me cagoen dios —mbién me acuerdo del tren, y de los barcos que traían toneles, ¿tú te acuerdas de los barcos de tonel —antes o después de que te salieran los pelos de las orejas? —hombre, a ver, tanto —je je je —de los carros con burros, el vapor amarrad —la madre que me parió, la explanada de los contenedores ni existía —rás que tiras el vaso —ni había parte del muelle reservada a los cruceros de turistas, que me vienen con ese color de gamba cocida que me traen que —y que no se gastan ni —porque eres más viejo que la humedad —je je (—lasca franciscano ballestrinque) —es mil y pico leí que bajaron el otro día de uno, la madre que me parió, tres mil y pic —pues aquí no entran, eso ya te lo digo yo —aquí qué van a entrar —quita primero el serrín del suelo y luego ya vere —inticinco, apunta que te vea —oy apuntando coño —a que te pones tira una pared para hacer una ventana al menos, y la puerta más ancha, carajo, que antes de que entren los turistas tiene que entrar la alegría, jod —y cambia los cuadros, que el de los nudos está muy visto, y le faltan varios —donde ahora están los contenedores era todo arena —uno de tu madre voy a poner —ya empez —e acuerdo de cuando allí echaron arena y bloques y decían que había allí lo menos dos millones de metros cuadrad —cipio pensé en ir para maquinista, porque en la mar se tocan los cojones —sí, ya, y un caraj —anda que no —y turnos de seis horas, ¿o no? —pero llegamos a tierra y resultó que mientras los patrones se iban a casa ellos se quedaban a revisar y a reparar lo que fuera para la siguiente mare —je je je —y se quejaban, decían ¡joder con estos hijos de puta, se van a casa y nosotros aquí a pring —ya ves —me dije, me cagoen dios, me hago patrón, y ahí fue cuando me vine (—bandolero as de guía) —¿tú quieres otro? —an apareciendo los primeros congeladores que iban al marisco, y ahí había guita y —enamé el vaso, haz el fav —ndo me saqué el título me puse como a torear en la puerta de la escuela náutica, tengo una foto —cho cornudo suelto —je je je —a ver si un día os la traig —las grúas yo creo que ni funcionan —sí hombre sí, cómo no van a funcio —y están dando licencias para bares de copas, lo leí en el periódico, y digo yo que si es lo único que van a hacer los de la portuaria, pues estamos av

La puerta del bar es una pantalla, una pequeña pantalla de cine en la que se proyecta una película de plano fijo basada en una idea vaga de una cotidianidad que, saben, es para siempre —como en la vejez última la vida ya pasada, la cual solo cabe recordar— irrecuperable, o inalcanzable, o tal vez inmerecida porque siempre pospuesta y por tanto perdida, una

proyección sobre todo lo que más allá del cobijo de la barra acontece como realidad que apenas si se atreven a mirar: la normalidad del autobús al centro, del niño de la mano, que trae el recuerdo de una verdad sumergida, cubierta de algas, de corales, de moluscos, una película cuya banda sonora es una monofonía dirigida por la batuta de una inacción que en el interior de sus pechos se balancea imponiendo el compás a los minutos las horas los días que se van a pique mientras en secreto llevan la cuenta reverencial de los días que faltan para regresar a la única verdad que aceptan y reconocen, la verdad del mar, verdad que, como la compasión de las Oceánicas por Prometeo y su condena, solo que temporal y taimada, los salva y los redime una y otra y otra vez pero nunca, pues es una verdad que en su reverso no muestra más que la perdición del canto de la sirena.

—e no, que eso fue el verano anterior, cuando me embarqué en el L****, recién los diecisiete, todavía iba de marinero —mientras acababa en la escuela náutica, faenábamos en el G**S**, para ir haciendo el estómago, y me cagoen dios que si lo hice, esas olas como cerros —el L****, la madre que, ¿pero no lo habían des —tú ibas en el R*** en aquella época —no va la cistern —qué lo van a… vamos, ojal —renta y tres años estuve, y menudo hijo de la gran reputa que era el armador eh, no te mandaba a puerto ni así te estuvieses muriendo, y si te morías, pues ya qué prisa había, decía el hijo de la gran reputa —je je je —y éramos tres barcos y dos íbamos en parejas, hacíamos turnos para estar en la mar hasta que —ce días vomitando, no se me olvidará en la vida —y los que me quedan a mí qué? —un barco muy pequeño, joder, con todo a popa, un rebaneo como de cuchara en las entrañas con cada guiñada y con un pestazo a gasoil que me cagoen di —y mamparitis? —je je je —ritis, ni mamparitis… —eso no existe —me cagoen, una mamparitis, la primera vez me dio una —anda ya —no qué va, me cagoen —a ver si no te pasó como uno que iba conmigo de costa —a ver, di —a madre que me parió, y que encima se le complicó con una lumbalgia o no sé qué coj —je je je —o que tenía ese me parece a mí era una cuernitis aguda que la madre que —no empecemos con las mariconadas, me cag —por lo visto la mujer no le cogió el teléfono en toda la noche y al final le dijo que había salido con unas amigas o con no sé qué prima, y el cabrón —je je —nca mejor dicho —se las apañó para que los de salvamento lo llevasen a tierra en lancha al d —je je —mamparitis, dice, la madre q —qué dices tú, me cagoen dios, a ver qué va —oma, joder, era una brom —a ver, has dicho que igual que uno que iba contig —joderrr —ra broma, la mad —cir tú a mí si me dio o no me dio una me cagoe —vaya tela — … — … —estamos?

Las moscas improvisan en el aire viciado polígonos irregulares, las espantan con la mano si se acercan, manos como el lecho de los pantanos secos.

—ercante? —América, me acuerdo de una vez, que después de descargar tiramos para T***, otra ciudad, para cargar fertilizantes o no sé qué, y de ahí vuelta, y los hijos de puta yanquis nos dieron un susto de muer —je je je —porque resulta que después de cenar decidimos ir a dar una vuelta, ¡incluido el patrón eh!, no salíamos para la mar hasta dos días después o así, o sea que pedimos un taxi, porque la ciudad estaba a tomar por culo (—trébol barrilete) —ra tomar algo, lo típico, y en taxi que íbamos cuando oímos sirenas por todos los lados y coño, allí se presentan por lo menos tres coches patrulla, nos rodearon por los cuatro costados, nos hicieron bajar del taxi y nos pusieron con las manos en el techo y las piernas abiertas, nos cachearon hasta los zapatos, que parecía aquello una pelíc — suelta ya las sotas host —je je je —rque no habíamos enseñado los pasaportes, total que al final nada, para casa —pero y lo bien que vives ahora, el botellín, empujando el carrito como much —ya ves — lo mejor la siesta, ¿o n —bien que me lo gané, eh, bien que me

Al fondo hay un pasillo que conduce a una letrina sin puerta y que va a morir en un marco también sin puerta tras el cual medio cuerpo a contraluz de espaldas e inclinado sobre su propia tripa y vestido de negro, puede que se trate de una anciana, remueve con hastiado esmero el contenido invisible de una olla roja.

—antes había en el muelle hasta ladrones, y ahora ya ni eso — apúntate quince, que te v —no, si ladrones sigue habiendo, lo que pasa es que están en la aduana —y en las garitas, eh, y sobre todo en las gar —vez que atracamos aquí en el muelle a por una partida de café de no sé, mucho, cien toneladas lo menos, no sé, toda la carga venía muy bien presentadita, en sus palés, forraditos de plástico y demás, todo perf (—as de guía ballestrinque del ocho cuadrado) —ana siguiente que salíamos temprano aparece un bodeguero diciendo que habían abierto casi todas la cajas y que otras faltaban y que no sé qué, y el almacén vigilado por los de la aduana —la aduana, me cagoen — … (—llano múltiple gancho con vuelta) —que tú también tienes, eh, no te quejes, que esto está muerto pero algo tienes —pero a cambio qué —es lo que hay, como siempre ha sido, a ver si te crees que ahora por —que si no fuera por lo que hay en tierra ya me habría desembarc (—cuadrado hunter boca de lobo) —dre que me parió, eso no te lo crees ni tú —o te gusta o no te gusta, eso es así —qué tiene que ver joder, qué tiene qué ver —es lo que h —que adónde voy yo ahora si no, después de treinta y —reparte ya, hostia, que las estás mareand — y la parienta y el —nda que no —de qué vas a largar el trasmallo a la una de la noche y vas a ir a recogerlo a las seis porque sí, todos los días, porque es lo que hay, que te digo yo que no, que sarna con gus —nquilito, eh —los del trasmallo por lo menos duermen caliente, me cagoen dios, imagina más de cincuenta días sin —qué digo cincuent —

y si no ya sabes, a coger gusanas —je je je —adre que me parió, mareas de nueve meses llegué a hacer yo —pues eso mismo, las ganas de jubilarse ya ni te —¿eh? —o sea, claro que te gusta, coño, lo haces toda la vida —es lo que somos —cómo no te va a gustar, ¿o acaso has conocido otra cosa, como para que esta no te —pues a mí no, joder, pero es lo qu —que sí coño, pero que algo tiene que hab (—boza hunter calabrote margarita palangre) —la madre que me parió, si no de qué vas a aguantar golpes y golpes de mar y a más de un hijoputa —que para lo que sacas —n marinero todavía, pero habiendo pasado por la escuela y todo —y no digo que no se echen de menos cosas, eh, o sea, que se echan, y bien que se echan, pero —trabajar para dormir y dormir para trabajar — … —olor a despojo, despojos por todas part —los días y las noches, que ni los distingues, quince horas me he pegado yo en el puente, quince —algo hay, joder —ponme dos deditos, me cagoen (—del ocho múltiple gancho con vuelta) —ro lo del arrastre es diferente, eso mucha tel —me acuerdo de una que la muela me estaba matando, veía las estrellas y lo que no eran las estrellas, y claro, llama al armador y dile que vas para puerto para que te la saquen, ya verás lo que te dice —je je je —y joder tres días aguantando y mascando aspirinas y maldiciendo hasta a la mismísima virgen hasta que ya no pude más y en una guardia llamé al contramaestre para que trajera unas tenazas, y la madre que me —la cárcel de cristal (—hunter calabrote margarita palangre) —hay que joderse, ¿la qu —la cárcel de cristal, me cagoen dios —nos ha salido poet —la cárcel de cristal, cumples condena, cada tanto sales con la condicional, ¿no?, como en —ás parecido a un cuartel, aunque peor — conocí a uno en la mili que se voló la cabeza en la garita (—cuadrado tejedor hunter llano) —nos mal que en la mar no hay cetmes —pero a ver que yo me entere, la cárcel cuál es ¿el barco o tu casa? —je je je —¿eh…? —¿voy a tener que cagarmen dios? — … — … (—*boca de lobo*)

De noche, las esperas en el puerto amplifican los cuerpos y los objetos, subrayan los perfiles hasta igualarlos, los fijan a un único contexto y, como en una pintura flamenca, los enmarcan, unos junto a otros, dentro de escenas nítidas, flotantes, que devoran la eternidad para vomitar tiempo, tiempo que sosiega a algunas, porque la intuición nos dice que, en lo nuestro, ni siquiera el mal es eterno. Tratan de alejar la eternidad recordándose a toda costa que ahora están ahí, de noche, a la espera, pues si se espera lo suficiente no hay tiempo que no pase. Y hablan, hablan de sus mañanas y de sus tardes, de lo difícil que se les hace salir de la rutina, del cansancio, del hartazgo, y de todo lo grave como si fuese leve; miran la hora, o la preguntan una docena de veces, para oírse y para que el peso de lo que se oyen decir las arrope y les cuente una vez más esa tranquilizadora historia, érase una vez un cuerpo que no temía a la eternidad porque afirmaba que en su interior existía algo tan eterno como la eternidad misma, así que, cuando la eternidad viniese a reclamarlo como cuerpo que era, se vería reflejada en él y se reconocería, y olvidaría que había venido a llevarse al cuerpo; y así, el cuerpo terminó por olvidarse también de la eternidad, del miedo a la muerte, se limitó a estar. Una historia bonita. Pero de una forma u otra todas las mentiras lo son.

Hay varios arcoíris de grasa en la superficie del agua opaca; hay salitre en la brisa; hay colas de gamba resecas en el suelo de adoquines, trozos de cartones, envoltorios y millones de colillas; hay raíles con aspecto de cicatrices mal sanadas, para las grúas aletargadas, de tamaño prehistórico; hay miles de contenedores abandonados al óxido detrás de una reja de tela metálica, tiene agujeros y el último tramo está caído, como si la hubiese pisado por accidente una bota gigante; hay redes que continúan apiladas tal y como las apilaron la última vez que fueron apiladas, junto a las nasas: huelen a un podrido inolvidable; hay bidones de basura insaciables; hay un remolque abandonado y almacenes y talleres con rótulos pintados a mano hace mucho, y los cristales rotos y cubiertos de polvo en grumos y telarañas; hay gatos que huyen, traslúcidos de hambre inmerecida; la indecisión de los murciélagos; hay cubetas de plástico, unas boyas, palés deshechos y cajas de corcho también deshechas; hay coches mal aparcados, y también hay mujeres a la espera.

El mar golpea el muelle con parsimonia implacable[8] un poco por debajo de la costra de algas y pequeños moluscos que marca el límite de la marea alta, y como trazos vivos de acuarela prolonga y entremezcla los reflejos de azufre de una disciplinada fila de farolas

que encorvadas llegan hasta más allá del solitario solar de los contenedores, y hasta el espigón de cemento y de bloques de piedra esparcidos en torno a él, y en cuyo extremo palpita la luz roja de una baliza. Más allá, oscuridad. Nada, salvo de nuevo el mar.

En tierra firme, a las puertas del dique seco de un mundo en el que se construyen mismidades rendidas de antemano —todavía hoy—, como si dichas puertas no fuesen ya de por sí lo bastante estrechas, la mano del hombre ha clavado un lema: la firmeza y la soledad sostienen la vela en la casa del marino. De allí, de ese dique, salen cuerpos eximidos de existir si existir significa ante todo carecer de una función preconcebida. De tal suerte el suyo: la materialización tanto de las preguntas de su pasado como de los límites de su porvenir, madre firme y esposa sola, criar al hijo y mantener el pábilo de una figura eventual que, cuando aparece, apenas deja en la almohada una marca que huele a sudor, a salitre y a *whisky*.

Algunas verdades nacen de mentiras que han puesto por escrito su propio extrañamiento, y con cartas concisas cumple ella con el deber de recordarle a quien nunca está pero siempre es que en alguna parte sigue habiendo tierra firme, y en tierra firme un techo, que no todo es agua, salvo quizás ella.

Cuando el chico las relee con ese tono de voz tan aplicado como innatural que adoptan los niños al leer, antes de plegarlas y de meterlas en un sobre (el coste del arreglo de un lavabo que de la noche a la mañana se empeñó en no tragar, las notas del crío, estamos todos bien), por entre las pocas líneas anodinas que resumen su cotidianeidad entrevé y reconoce ella la verdad intangible de su propia silueta; son cartas dictadas después de la cena en la cocina que su hijo escribe con afanosa caligrafía provisional en un papel cuadriculado que ha arrancado de cualquiera de sus cuadernos; son cartas dictadas con inseguridad, con ese titubeo propio del emisor arredrado que ha terminado por asumir como cierta la minusvaloración de todo lo relativo a sus días; cartas dictadas como si dictara sus memorias pero se tragara, digiriera, excretara y mandara luego por el desagüe vital no los recuerdos pero sí los pensamientos y los sentimientos que dichos recuerdos invocan. Quiere pensar que a él le hará ilusión verlas escritas con la letra del chico; pero, por debajo, los acuíferos de la verdad discurren por las heladas grutas del miedo a sus chanzas por las faltas que comete, a su ojo rapaz posado en su letra intimidada, a las garras de su sorna sobre el espinazo de sus emes, al espolón de su burla sobre el buche de sus bes, al ávido filo de su pico en las ancas de sus ges. Cartas con las que se actualiza pues una mentira y al mismo tiempo una verdad; es no obstante una verdad que ya no sirve, que no la libera. O quizás verdad y mentira no resultan ya tan distinguibles, y lo mismo le da una que otra: ¿puede

librarse la pieza del puzle para el cual ha sido recortada a conciencia? O puede que la suya sea también la verdad del agua, que sin forma y a la vez con todas fluye, discurre, y no la verdad del vértigo, la del vacío bajo los desfiladeros, la del suelo que se sacude y que tira abajo los vasos de las estanterías, y trae así la vida propia a primer plano, aunque sea para perderla. ¿Adónde iría yo a estas alturas?, se dice, y, con la mano, adiós a su silueta, derivando la totalidad de su estar de una incapacidad que cree sustancial: la suya es la extensa lentitud del bajío en los pies gélidos, de la nada anegada, yerta, de la humedad bajo la ropa, del frío en los huesos artrósicos, la turba pantanosa que te engulle las piernas, pero solo hasta las rodillas.

¿Cómo llegó hasta allí? Ya lo ha olvidado, era urgente olvidarlo[9]. Hay cosas que a veces suceden así. Cierto día la vida es como jugar a la piñata, pero sin una piñata. Cierto día muere tu padre. Cierto día dejas la escuela a los ocho para limpiar unas escaleras a cambio de un bocadillo de mortadela y para ayudar en casa. Cierto día muere tu madre. Cierto día no parece mala solución dejarte hacer. Cierto día estás embarazada. Cierto día descubres que la semana escasa que pasa en tierra la pasa borracho, y cierto día encaras un cúmulo de ciertos días que equivalen a la asunción de que moverse es lo mismo que ir a ninguna parte, y que eso es peor que, al menos, estar en algún lugar. Y a eso se reduce todo. A estar. Simplemente. A nada más. Porque mejor estar que ser olvidando, que se es. La calma de la rutina, la calidez del rito, no en vano la matriz de la compulsión, pues el sujeto se hace menos sujeto cuanto más determinados son sus objetos, y sin objetos el sujeto se vuelve para sí ahora, presente absoluto, insoportable en tanto sujeto. Tampoco el sujeto puede mirarse de frente[10], ni siquiera verse sencillamente siendo; es la naturaleza paradójica de la angustia: carece de objeto y sin embargo amplifica hasta lo insufrible las reverberaciones de ser sujeto. El sujeto angustiado es puro ser, y lo cotidiano su antídoto[11]. Por eso la paz está en estar, en estar en su cotidianidad cuando él solo se da como no-presencia[12]; en cambio cuando él es, se renueva la culpa, una culpa vaporosa, magmática, una procesionaria, por saberse más real cuanto más a solas con sus objetos, y como si él lo intuyera le pide recibos y facturas, A ver qué haces con el dinero, le dice pero sin decirle, los dientes postizos todavía ocupados con el último bocado, un cigarrillo entre los dedos, echa la ceniza en el plato, y siempre hay algo por lo que pedir explicaciones, Falta el recibo de o Gastas demasiado en o Esto no cuadra con, pruebas incriminatorias, o Estás mientras yo esté, le dice pero sin decirle, o Las tuyas son unas raíces financiadas, le dice pero sin decirle, o Regadas con sudor ajeno porque tu sudor es estéril, le dice, sin decirle.

Pero incluso eso pasa. Estamos hechos para que todo pase. Para

que la rutina regrese, que venga a arrullarnos. Y después de todo son solo unos días, se dice; él regresa a la mar, y la marea vuelve a bajar, a retornar la amplitud a las playas que somos en nuestros propios límites. Bruma a lo lejos. Adiós con la mano.

Todas las personas de este mundo somos una demostración de que preguntarnos por nuestro dolor o por nuestra culpa no nos impide mantenernos vivos ni caminar por la calle ni saludarnos ni sonreírnos. Plantar un árbol. Tener un hijo. Contar un chiste. No así la angustia, nuestro depredador natural del que huiremos mientras estemos vivos, aunque sin vida. Sálvese quien pueda de retinas para adentro aquel mediodía, como cada mediodía. Ha terminado de recoger la casa (la casa del marino), todo ordenado, todo en su sitio, ella incluida; entonces baja a la calle, hace sol y los bordillos y las fachadas de los edificios y las carrocerías de los coches aparcados en batería proyectan sobre el asfalto y las aceras mal conservadas sombras con aristas. Avanza despacio, a pasos cortos, reacios, como quien lleva los tobillos encadenados, y bajo la piel de los pies la artrosis le tritura los huesos, millones de anzuelos en los huesos, «herencia de mi madre», le gusta decir, y no obstante la ciudad, el alivio de la ciudad, de toda una ciudad con la que amueblar cada nada. En verde para los peatones. Una rampa, puertas automáticas, hilo musical demasiado alto, pan, leche, café, guarda cola en caja, Lleva un trapo, le dice el amable muchacho, ¿Cómo? ¿Qué?, En el hombro, el amable muchacho, Un trapo, ¿Eh?, En el hombro, un trapo, de cocina, Oh, risas, No me había dado cuenta, risas, miradas en derredor, sonrisas, A veces salgo de casa sin pensar, Nos pasa a todas, dice alguien, a su espalda, se gira, una anciana de piel terrosa y labios arados, ojos en alcorques, Ni me había…, dice, y aprieta el trapo entre los dedos, lo amasa, Hay que ver…, no se siente avergonzada, más bien en suspenso, qué es ese… pedazo de tela a cuadros verdes y blancos que de repente tiene entre las manos, y qué hacer con él, se descubre a sí misma pasándolo por el reborde de la línea de caja, por la goma gastada y gris de la cinta transportadora, luego lo sacude, lo dobla una, dos veces, lo desdobla ante la leve sonrisa comprensiva (¿compasiva?) del amable muchacho, Hay que ver…, Ni me había dado cu…, de nuevo lo amasa, lo dobla, lo estruja, a él se aferra como al madero se aferra uno en mitad del océano, dale una forma, hágase el objeto, otra vez el objeto, hágase según mi, sujeto de ese maldito trapo fuera de su contexto, y se abrió a sus pies el abismo de solo ser porque súbitamente era sin estar, porque sin objeto *era*, un objeto, uno que usar, objeto nuestro, objeto misericordioso, dánoslo hoy, no puede vivir el sujeto sin objeto[13], y regresó a casa con el trapo hecho una bola y la vista en el suelo, y se le atragantó el saludo al conserje, le falta un brazo aunque eso no le impide barrer el enlosado pulido en exceso del portal con meticulosa

eficiencia, y aún le quedaron fuerzas para echar el trapo a la lavadora y buscar después algo con lo que cargarla, y para activarla, y para preparar el almuerzo y para servirse una taza de café que acabó intacto y helado, antes de, incapaz ya de diferenciar pasado y futuro, llorarse en compañía de la radio.

Pero aquello también pasó.

La marea siempre baja.

Lleva un pañuelo de cachemir en el cuello y medias gruesas, y ha dejado marcas de carmín en la colilla que pisa con quejumbrosa suavidad igual que ha hecho con la anterior, y sobre la que hace girar su resentido tobillo como en un tímido paso de baile en cuanto ve aparecer las luces de posición del barco en la oscuridad, detrás del espigón, parpadean y los cuerpos murmuran y se arraciman alrededor del noray sobre el que descansa el pie de un hombre solitario con la piel de la cara enrojecida y las manos enterradas en los bolsillos que parece saber de antemano dónde amarrará el barco. A ella le queda tiempo para sacar algo de provecho del relente y de la humedad roedora y se abraza un instante sin que se note que echa en falta un tacto que no sea el preludio al aplastamiento, al coito rápido y rabioso y silencioso que volverá a conceder en parte por indefensión y en parte por temor y en parte por exhausta rendición y en parte por compasión y en parte por una costumbre maquinal y en parte a cambio de una paz de consolación, pues no existe para ella más ser que estar, que esperar, que estar, que esperar, que estar, que esperar, que estar, que esperar. Simple ahí. En aguas bajas.

El barco se aproxima ligeramente de lado. Desde tierra le hacen gestos con las manos, son saludos pero podrían ser despedidas, gestos sin quererlo tristes, difícil dirigir hacia el mar un gesto con la mano y que este no sea triste, y dan pasos hacia delante, hacia el borde del muelle, como si estuviesen obligadas a reducir en lo posible la distancia que aún los separa, y cuando el barco está lo bastante cerca aparece en la proa un marinero que parece hecho de tendones y lanza una maroma ennegrecida que se estampa contra el suelo de adoquines con un golpe seco y terminante y luego devuelve el saludo, y con mucha menos destreza de la que habría cabido esperar el hombre con la cara enrojecida se apresura a amarrarla al noray. Neumáticos de tractor usados evitan que el casco azul azafranado del barco impacte contra el muelle, y en la noche se hace entonces su voz precediéndole, y saca apenas la cabeza por la puerta de acceso al puente mordisqueada por el salitre, y grita órdenes como si fuese imposible entenderlas a menos que se den a gritos, y se muerde el interior de las mejillas, y señala a un lado y a otro y se caga en dios, y un marinero con gorro de lana y un ojo cerrado por el humo de medio cigarrillo que sostiene con la comisura de los labios arroja otra maroma desde

popa cuando el barco está en paralelo al muelle, rodeado de una parsimonia en cierta manera incongruente con la actividad y el ruido que conlleva la maniobra de atraque, y allá que corre el tipo solitario, lleva mocasines pero no calcetines, y él entra de nuevo al puente pero no tarda en volver a salir, y a gritar, y a morderse por dentro las mejillas y a cagarse en dios, y un hombre dentro de un jersey de hilo grueso y mucho vello en el cuello y en la cara se asoma por la borda y mira varias veces a derecha y a izquierda, y luego hace una señal, agita una mano por encima de su cabeza, señal que podría interpretarse como suficiente o basta aunque parece que más bien trata de reventar una burbuja de mosquitos, y entonces la maniobra de amarre concluye, solo el bajo continuo del motor al ralentí permanece.

El chico baja del coche, y los ojos de él buscan porque siempre encuentran.

Pide al chico que suba de inmediato sacudiendo una sola vez el mentón hacia arriba. Hay marea alta y la regala está a poca altura por encima del muelle, no será necesario sacar la pasarela, y el chico trepa por la borda y salta a cubierta. Su expresión dice lo contrario, pero le gusta subir a bordo. Desde un foco atornillado a la baranda del puente cae en picado un cono de luz frigorífica que despierta sombras ferrosas, apariciones halógenas e inertes, cabos y cables y aparejos minuciosamente recogidos, molinetes que asemejan setas blindadas. El brillo albar del foco deslumbra al chico un instante. Desconoce que donde ha apoyado la mano para evitar tropezar manchándosela de herrumbre es uno de los dos cabestrantes usados para levantar las redes, y no lo nombra, cuelgan de ellos cadenas con eslabones del tamaño de sus puños juntos, y por el óxido parecen hechos de arcilla; ha dejado atrás, siguiéndola con la mirada, la escotilla que da a la bodega que, para él, conduce a subniveles antárticos de una realidad que nunca visitará. Nota el arpegio ronco del motor en la planta de los pies y se demora, e imagina que el barco avanza con determinación apacible rumbo muy al norte, que el hielo en el mar relame el casco. Es la única oportunidad que tendrá de subir a bordo y saca provecho de ella. Imagina aletas de delfines, espiráculos y colas de ballenas, focas que se deslizan al mar desde la banquisa[14]. Volverá al muelle, pero no al barco. Mañana, como todos los mañana que siguen a la llegada del barco tras meses de faenar en alta mar, él lo despertará muy temprano con un siseo desde el umbral de la puerta de su cuarto, de manera que esa noche su sueño será inquieto y expectante, se despertará varias veces en mitad de la noche y estará seguro de haber oído el bisbiseo, y abrirá los ojos solo un poco y buscará la mitad de su silueta asomada al quicio de la puerta, pero la puerta estará entrecerrada y el pasillo a oscuras, y lo único que oirá serán sus

ronquidos. Lo que de verdad despertará al chico antes de que él abra la puerta y le arroje el siseo serán los sonidos del regreso de su presencia, el regreso del chorro de su orina contra la cerámica del inodoro y de la máquina de afeitar eléctrica, de la puerta del mueble de la cocina que siempre roza, o cuando vacíe el contenido de su nariz en uno de sus desvaídos pañuelos de tela pasados de moda; pero aun así se hará el dormido cuando él le sisee, y tendrá que volver a sisear y decirle Venga o Levanta ya cojones, y ordenarle luego que desayune, Y desayuna, le dirá malhumorado, y el chico se levantará e irá a desayunar, calentará un vaso de leche en el microondas mientras se frota los ojos, y diluirá en ella una cucharada de cacao, y se la beberá con sorbos cortos y soñolientos sentado en el reborde de cualquiera de los taburetes blancos de la cocina, con la mirada puesta mucho más allá del suelo de baldosas o blancas o grises, el oído mucho más allá de la vibración latente de la nevera, el olfato a la fuga del olor a humo de tabaco, el paladar sumergido en cacao y el tacto echando de menos el pijama, hasta que él le pregunte si ya está listo y el chico no se atreva a decir que todavía le falta el fondo de chocolate porque a esa pregunta no hay más respuesta que saltar del taburete y dejar el vaso en el fregadero y llenarlo de agua tal como su madre le ha pedido que haga unas tres mil veces, para que el cacao no se reseque y luego cueste quitarlo; saldrá al patio, estará amaneciendo, el pino junto a la puerta estará perlado por el relente y los perros se acercarán, el chico los acariciará, estarán mojados y olerán a perro mojado, y abrirá la cancela de doble hoja para que salga el coche, estará fría, y el coche tendrá los cristales y la carrocería empañados, sus manos estarán también frías, así que cerrará los puños y se los restregará contra el pantalón, y oirá el susurrar de los eucaliptos. Él subirá al coche con sus enormes gafas oscuras de aviador puestas a pesar de que el sol no haya salido del todo, y arrancará el coche, y cuando el chico suba al coche él encenderá la radio y también un cigarrillo y el humo le saldrá al mismo tiempo por los agujeros de la nariz y por las comisuras de los labios como si por dentro estuviese en llamas, una espesa vaharada que formará volutas espectrales que se extenderán sin contemplaciones por todo el habitáculo, y el chico tratará de aguantar la respiración durante el tiempo que él tarde en abrir la ventanilla, pero una vez más no lo logrará, y el abrasivo y áspero resabio del humo de tabaco exhalado se adherirá a su garganta tanto que casi podrá regurgitarlo y luego escupirlo; oirá apenas el roce de los neumáticos sobre el asfalto, mirará su propio reflejo en la ventanilla, sobrexpuesto al paisaje de marismas y pinares hasta que entren en la ciudad, y entonces verá aceras despobladas y el brillo del sol reciente reflejado en la decencia de los escaparates de los negocios familiares, y el estridente cartel publicitario de un circo que hace ya mucho que

se largó. Llegarán al muelle, él saludará al guarda y el guarda le devolverá el saludo, y detendrá el coche justo delante del barco. Tendrá que esperar dentro del coche mientras él se informa de cómo marcha la descarga mientras charla sobre cosas relacionadas con la descarga de barcos pesqueros con hombres distintos que al chico le parecerán el mismo porque el chico aún no sabe que esa es una de las muchas caras de la escasez, hombres que mirarán cómo la grúa saca palés con pilas de cajas idénticas de la bodega del barco y que formando una cadena las apilarán dentro de la trasera de un camión, y en las pausas se pedirán tabaco unos a otros llevándose un par de dedos a los labios, y usarán guantes verdes de goma y se secarán el sudor con la piel color nuez del antebrazo, y escupirán siguiendo el ejemplo de los otros. Luego volverá al coche y le dirá que se ate y el chico se abrochará el cinturón de seguridad, e irán juntos a las oficinas del armador, que también están en el muelle pero en segunda línea, en un edificio con tejado plano de tela asfáltica, con la fachada invadida por la hiedra, entre redes viejas, cajas de cartón y gavias inservibles, y le dirá al chico que le espere, Espera aquí, le dirá, Voy a arreglar una cosa con el armador, dirá también, pero saliendo del coche ya, y el chico también bajará del coche y esperará fuera, puede que horas, se sentará en el bordillo, cerca de la puerta, y se abrazará las espinillas y verá pasar por delante de sus ojos las rodillas de hombres con ropa de faena y uñas sucias que entran y salen de los talleres y de los almacenes y que apestan a sudor mientras él mira trabajar a las hormigas hasta que por fin saldrá con un sobre en la mano que doblará por la mitad y después se meterá a presión en el bolsillo delantero del pantalón, y el chico leerá de sus labios la palabra «cabronazo» y las palabras «hijo de la gran puta». Entonces le dirá Vamos, e irán a un bar. Hay que bajar algunos escalones para entrar al bar, y luego poner los pies sobre un suelo de linóleo en el que alguien ha esparcido serrín, y la botella de su refresco de naranja traerá manchitas de óxido en el gollete, las limpiará con los bajos de su camiseta y se sentará al fondo, y allí pasarán buena parte de la mañana hasta que repita Vamos y vuelvan de nuevo al barco, y una vez de vuelta lo verá hablar con un tipo bajito que suele rondar por allí y que tiene un puñado de pelos ralos que parecen alambres o hilos de esparto sobre una cabeza de caoba y cuya voz suena como si se hubiese sometido a una traqueotomía pero inmediatamente después lo hubiesen degollado a sangre fría, y que en algún momento del día siguiente aparecerá por su casa con aspecto de haber estado bebiendo y traerá bolsas negras de basura con cartones de tabaco dentro, y pescado, también en bolsas, pero blancas, y su madre vaciará las bolsas blancas con pescado fresco en el fregadero y le echará un vistazo, al pescado, y cuando su madre no mire el chico tocará los ojos

del pescado con la punta de la punta de un dedo, y se preguntará si tocar los ojos de un pez fuera del agua se parece a tocar los ojos de un muerto.

Oye pisadas como martillazos sobre metal, por la escalinata que sube al puente ve bajar a un hombre con barba blanca, gafas con montura de alambre y ansias de un suelo sin sorpresas, lo saluda revolviéndole el pelo, ¡Qué pasa, campeón!, le dice sin detenerse, se aleja y salta a tierra. El chico detesta que lo llamen campeón. Campeón de qué. Sube por la escalerilla, en su cabeza se dice lo que él le dice siempre que lo ve subir o bajar cualquiera de las escalerillas del barco, unas del todo verticales. Cuidado no resbales. Eso de ahí arriba que no para de girar es el radar. Ve latir la baliza a lo lejos. Accede al puente. Dentro hace calor. Él está de pie y habla con otro hombre. Le sonríe (el otro hombre), Baja al camarote, y espérame allí, le dice, y el chico asiente sin mirarlo porque está mirando el timón de madera. La próxima vez que suba al puente, en unos meses, se enterará de que el timón de madera no es sino un adorno, que el verdadero timón es electrónico y se controla con ese pequeño mando gris parecido a un bolígrafo en el que apenas si había reparado, y lo apuñalará la decepción, y en cierto modo el barco perderá para siempre parte de su significado. El otro hombre le sonríe otra vez. Detrás de él está la radio, verde, cuadrada, tiene indicadores y un auricular de teléfono, como aquellos viejos terminales con el dial agujereado que ya no se comercian. Se pone disimuladamente de puntillas, trata de ver la brújula empotrada sobre el timón, en el techo. Pero desde donde se encuentra es imposible, y sabe que está forzando su paciencia, Venga, tira, y cuidado no resbales, y el chico dice de nuevo que sí con la cabeza, y se da la vuelta y sale otra vez a la intemperie, pero antes ha echado un vistazo supersónico a un calendario en el que aparece una mujer recostada contra una pared de ladrillo, mira a la cámara, pulseras, pelo cardado y ojos inseguros, los pechos le rebosan de una camisa a cuadros sin abotonar. Una ráfaga de aire de mar adentro hace que estén a punto de saltársele las lágrimas. Desde el muelle su madre lo ve cerrar fuerte los puños y restregárselos contra el pantalón y limpiarse los mocos con la manga del abrigo y piensa qué maldita esa manía que tiene, y lo ve bajar por la escalerilla y pasar encorvado por detrás de los cabestrantes y esa soltura con la que parece moverse por el barco la incomoda; lo pierde de vista cuando cruza el umbral elevado de una puerta estanca con la pintura blanca desconchada. Cuidado con la cabeza. El chico en el claroscuro de un pasillo por el que dos hombres no podrían pasar sin verse obligados a dar pasos laterales y a rozarse el uno contra el otro. Las paredes son de madera de contrachapado. Las puertas de los camarotes están entreabiertas, y alcanza a ver las esquinas de los

catres deshechos y de los colchones, blanco sobre gris sobre oscuridad. Oye pasos por encima del techo bajo y también voces amortiguadas y puertas que se cierran de golpe. A su derecha deja atrás la cocina comedor, mesas y bancas corridas de madera, atornilladas en ele muy juntas al suelo de un rincón. El camarote al que se dirige está al fondo y luego a la izquierda. La puerta está cerrada, pero la llave está puesta. La gira. Al entrar lo recibe el aroma agrio pero familiar de la ropa usada que o está a medio meter o bien rebosa de dos grandes bolsas de deporte muy desgastadas y con las cremalleras derrotadas. Están encima del catre. Desde arriba las contempla la hierática resignación de una santa con túnica azul oscuro en una estampilla pegada a una de las esquinas de la portezuela de un pequeño armario de latón mugriento con celo que amarillea, tiene la piel muy pálida y los brazos extendidos y las palmas de las manos hacia arriba, como si se hubiese quedado congelada justo en el sufrido ademán de ir a coger las bolsas para ocuparse de ellas de una vez por todas. En un rincón hay colgada una ristra de ajos. Ahuyenta el mal de ojo. O algo así oyó decir. En otro hay un lavabo con muescas, un espejo con una de las esquinas rota y, sobre él, una bombilla ovalada cuya forma recuerda a la llama de una vela. Encendida. El chico mira fijamente el filamento incandescente. Luego cierra los ojos y, como una supernova, una línea ondulada e inflamada centellea solo un instante en el cosmos naranja pálido de sus párpados cerrados. Cuando vuelve a abrirlos él está de pie en el umbral del camarote. ¿Qué cojones haces? Venga, déjate ya de mariconadas, le dice, y da una zancada de hombre hacia el interior y obliga al chico a echarse a un lado donde no hay lado posible al que echarse, y mete deprisa el resto de la ropa en las bolsas, y hace con las sábanas cerosas una pelota en torno a su puño y las mete también, prensándola a empellones, las bolsas parecen orugas primitivas abiertas en canal, Ábrete el abrigo, le dice, el abrigo color pistacho con las mangas verde claro que al chico le va al menos un par de tallas grande, mientras levanta la almohada del catre, Toma, dice, le tiende una dos tres cuatro botellas de *whisky* que el chico sabe de sobra cómo ha de colocar dentro de los dos bolsillos interiores del abrigo, y de sobra sabe también cómo abrochárselo de nuevo (hasta la barbilla esta vez), y también cómo meter las manos en los bolsillos exteriores para así recolocar las botellas y sujetarlas para mantenerlas quietas. Él agarra las bolsas por las asas y las sopesa y le echa un vistazo de la cabeza a los pies como quien revisa el acabado de su propia obra para asegurarse de que el abrigo presenta la forma humana que tienen los abrigos que no ocultan alcohol de contrabando y Andando, le dice.

Que el espacio es solo competencia de lo extensivo es un mito con una genealogía idéntica a la de aquella persistencia parvularia de que la Tierra es plana; y toda medida, todo lenguaje objetivo,

cuantificador, una respuesta nerviosa, compensatoria, al vértigo que produce la intuición de lo intensivo, infinito es un adjetivo torpe fruto del balbuceo ante lo inefable intensivo, cuando salen al pasillo este es muchísimo más estrecho y bajo e interminable, y viciado y sofocante ahora que él va delante del chico, su espalda ciega y muda delante cuando dejó de llover y le repitió que atara al perro negro, y el chico lo hizo; la puerta para los coches era de doble hoja, una cancela de doble hoja, y al lado había una puerta para las personas, tenía uno de esos cerrojos que se abren con una llave larga, y él abrió el cerrojo con la llave larga; un lamento de óxido; sin soltar la puerta para las personas por la que solo cabía una persona sacudió la cabeza para indicar al chico que saliera; por debajo de su brazo extendido el chico y el perro negro atado salieron al exterior, al camino; el chico lo vio disuadir al resto de perros que intentaban escapar escurriéndose por el hueco de la puerta entreabierta con patadas fallidas, mal dirigidas a las costillas, a destiempo, que tan solo golpeaban el aire, como si los animales estuviesen dentro de su cabeza; cerró la puerta y echó de nuevo el cerrojo, y le dio la espalda al viento; sacó un cigarrillo del bolsillo de su camisa, luego sacó el mechero y encendió el cigarrillo, protegió la llama con la mano ahuecada y encogiendo el cuello, luego puso el cigarrillo entre sus dedos y Venga, dijo, y se giró y comenzó a caminar, y el chico caminó tras él, y el perro negro caminó tras del chico, a la distancia que la correa le permitía; caminaban en fila como si caminar en fila fuese algo inevitable; el camino era amarillo, de tierra y charcos que el viento agitaba haciéndolos parecer más profundos, y el chico lo surcaba con los pies hasta que No arrastres los pies, le dijo sin volverse, soltando antes una bocanada de humo que el chico vio venir a toda velocidad y apenas pudo esquivar y que se desintegró por encima del perro negro; el perro negro se detuvo de repente y frente a él la correa y frente a la correa el chico; el perro negro olisqueó el aire y después las hierbas del borde del camino, y levantó a medias una de sus patas traseras y orinó con chorros cortos e intermitentes sobre las ramas bajas de las tuyas del vecino que crecían retorcidas tras una tela metálica, algunos de los troncos habían engullido el alambre, daban la impresión de estar enfermas, calvas y cenicientas; cuando terminó de orinar se sentó sobre su trasero y se rascó perezosamente detrás de una oreja y bufó; el perro negro y el chico se retrasaron; otra vez dijo Vamos, y también dijo Coño alargando la eñe, en voz baja, una advertencia, y el chico se puso de nuevo en marcha y dio un tirón de la correa; el perro negro se levantó y lo siguió, tambaleándose como un elefante harto de llevar un peso enorme a sus espaldas; la tierra húmeda crujía bajo sus pies, era un crujido óseo; dio otra calada a su cigarrillo y esta vez el humo alcanzó al chico en plena cara; el perro negro ladeó la cabeza; él esquivaba los

charcos, el chico esquivaba los charcos y sus huellas, al perro negro le traía sin cuidado dónde pisaba, no le importaba hundir las pezuñas en el lodo ni que los salpicones le empaparan la tripa; una tubería de cemento se tragaba el agua de lluvia que corría turbia por una acequia, pegada a la curva a la derecha que imponía el camino; llamaban al camino el carril; pasada esa curva y el contenedor gris de la basura el carril ascendía hasta confluir con el camino principal, el camino principal era también de tierra y conducía a una carretera comarcal mal asfaltada; algunas ramas y hojas de eucalipto se habían amontonado apelmazadas en un ribazo, otras se habían quedado atrapadas en las crestas de las rodaduras que los neumáticos de los coches habían horadado en el barro, también acículas de pinos y vainas de mimosas; las rodaduras tenían grabados los dibujos de los neumáticos; había un hombre cavando un hoyo detrás de una verja, soltó la azada cuando los vio y los miró pasar sin decir palabra, y ellos tampoco dijeron nada, el hombre se escupió en las manos y continuó cavando; alcanzaron el final del carril en cuesta que separaba la casa del camino principal y encararon ese camino, pero no hacia la carretera, sino en dirección opuesta; adónde vamos; se hicieron a un lado para dejar paso a un coche que venía de frente, la mujer que lo conducía redujo, llevaba unas gafas gigantes con montura de concha negra, sujetaba el volante con ambas manos, inclinada hacia delante, la mujer saludó con la cabeza sin apartar la vista del camino, y después aceleró y el coche se alejó perseguido por un festín de gotas de barro; dio una última calada y tiró la colilla a un charco; reanudaron la marcha; el viento formó un pequeño remolino de arena que se disolvió en cuanto llegó a la cuneta del camino y se topó con restos de envoltorios y con hojas y con las marañas de hierbas y ortigas y gramíneas que se empeñaban en crecer al pie de los muros del resto de casas de campo que daban al camino; detrás de los muros de bloques y los cercados de tela metálica tapados con trozos ondeantes de rafia verde, las casas tenían las puertas y las ventanas cerradas, las persianas echadas, y más allá los limoneros, y más allá los eucaliptos y aún más allá las gaviotas, suspendidas en el aire, como si ni la gravedad ni el movimiento les incumbiera; la luz afilada y el viento y el polvo y las gotas de lluvia que este transportaba obligaban al chico a entrecerrar los ojos cada vez que intentaba levantar la vista del camino; adónde vamos; vio el contorno del sol detrás de las nubes, parecía una bombilla de cuarenta vatios tras unas cortinas sin lavar; el barro, las piedras, los charcos, las huellas y sus pasos esquivándolas; la respiración del perro negro aserraba el aire; un tordo desapareció dentro de una buganvilla que rebosaba por encima de un muro de ladrillo; adónde vamos; la correa del perro negro se tensaba, la cabeza, ladeada hacia la derecha, le colgaba y jadeaba, su hocico

rozaba a veces la tierra amarilla del camino, y se pasaba su lengua rosada por la nariz como un parabrisas de carne y se le adherían pegotes de tierra, se mezclaban con saliva que o se tragaba o le goteaba de los labios húmedos y oscuros o formaba pequeñas masas de arcilla gelatinosa en las encías; había dicho la tarde anterior que el perro negro estaba enfermo, había sujetado entre sus manos la cabeza del perro negro como si detrás de ella no hubiese un cuerpo entero de perro, como quien revisa un melón antes de comprarlo, y luego la soltó con desdén y dijo Bah y Este perro está enfermo, y después liberó un pedo y vació de un trago el resto de la lata de cerveza, y la aplastó y la tiró al parterre; el camino trazaba otra curva hacia la derecha, una en forma de ele, para ascender después hacia el campo de los almendros; pero él no tomó la curva, sino que abandonó el camino y enfiló la senda estrecha que conducía a las marismas, abierta a fuerza de pisar entre espesas matas de manzanilla y de cardos punzantes que al perro negro parecían no incordiarle en absoluto; una botella de refresco aplastada, las hojas acartonadas y beis de una revista esparcidas; adónde; alcanzó con facilidad la cima del montículo en el que moría la senda, y desde allí miró a derecha e izquierda y luego se volvió hacia el chico y dijo Venga, y el chico y el perro negro obedecieron y subieron el montículo; daba a una suerte de albañal verde oscuro de orillas espumosas; el albañal los separaba de una escombrera primero consentida y después olvidada, más allá se extendían los surcos anegados de las marismas; el horizonte nebulizado y las afueras de la ciudad bajo nubes rastrilladas, el puente que se elevaba cuando algunos barcos, los más grandes, pasaban por debajo, las grúas del puerto pesquero como puntas de lanza y las grúas de los astilleros, casi abandonados, cuadradas, el techo plano y rojizo de la factoría de rodamientos; pero justo antes de que el perro negro y el chico alcanzaran la cima del montículo la correa del perro negro se tensó otra vez y tiró del chico hacia atrás y el chico resbaló, aunque no completó la caída gracias a las palmas de sus manos de niña, aún sin orinar, se las raspó y musitó mierda, y todo porque el perro negro se había detenido otra vez; el perro negro no era capaz de subir al mismo ritmo que el chico, quien no supo no pagar toda aquella situación confusa con el perro negro y dio de la correa un tirón seco y malhumorado que el perro negro recibió con un estoicismo impropio de un perro, y luego correspondió con otra de sus miradas tranquilas e indescifrables enmarcada en sangre; el contorno del sol asomó un instante y él lo miró, y luego bajó la vista y encendió otro cigarrillo que se colocó a un lado de la boca y el humo le obligó a cerrar el ojo mientras sacaba una bolsa blanca de plástico que había mantenido oculta en el interior de su camisa; de dentro de la bolsa extrajo un saco de arpillera; dejó caer la bolsa de plástico sin importarle (o

quizás para) que se la llevara la brisa, la bolsa revoloteó hasta que se quedó enganchada a una de las manzanillas, ondeó como una bandera que propone una paz improbable, luego se desenganchó y se perdió; sacudió el saco de arpillera para desplegarlo, de su interior sacó un trozo de cuerda de esparto, fina y enmarañada, que también sacudió como si quemase, y luego Ven aquí, dijo, pero el chico no se movió de donde estaba, ni tampoco el perro negro se movió sino que se sentó y luego se tumbó, y la correa se tensó sobre su cabeza; Me cagoen dios, dijo entonces, el chico sintió en los huesos de los pies cómo el suelo retumbaba con el impacto de cada uno de sus pasos exasperados; cuando lo tuvo delante le arrebató de las manos la correa del perro negro e hizo que su cuerpo temblara igual que si hubiese tocado un cable de alta tensión; Trae aquí joderrrr dijo como si todas las sílabas fuesen tónicas; se dilató el tiempo pero no el espacio, que se condensó en la mano con que sujetaba la cuerda, mano con la que agarró al perro negro de la piel del pescuezo, tiró del animal hacia arriba pero el perro negro no se levantó del todo, se quedó sentado, ligeramente torcido, la cabeza le oscilaba; introdujo medio brazo en el saco para abrirlo del todo; el perro negro lo miró y después miró al chico y luego a él; justo entonces Joder, repitió, y cubrió al perro negro con el saco igual que un mago que va a hacer desaparecer algo con un truco de pesadilla; los ojos del chico comenzaron a empañarse y a descomponer el mundo en pequeñas piezas vidriosas, en un mosaico de su padre metiendo al perro negro dentro de un saco de arpillera; apretó los dientes y se mordió la lengua, y notó el sabor herrumbroso de la sangre en sus encías; una burbuja de estorninos salió de la nada y se puso a improvisar bellas formas ovaladas por encima de las marismas; él se arrodilló, y con la cuerda de esparto comenzó a hacer uno de sus nudos marineros (¿as de guía del ocho gancho con vuelta llano cuadrado ballestrinque barrilete boca de lobo?) alrededor de la abertura del saco; el saco adoptaba formas de partes del cuerpo del perro negro, que se agitaba y aullaba en su interior: un cuarto trasero, el hocico, una pezuña; seguía con un ojo cerrado por el humo del cigarrillo, y por un instante tuvo el aspecto de un artesano muy experimentado en esa actividad horrible de meter en sacos de arpillera a perros negros y enfermos que no merecían ni vivir ni obtener una muerte diferente; cuando acabó de hacer el nudo se incorporó, tenía el pantalón manchas ovaladas de tierra del color del otoño, a la altura de las rodillas; escupió el cigarrillo a un lado, Me cagoen dios, dijo, y chasqueó la lengua, irritado, quizás en señal de decepción por tener que llevar a cabo aquella tarea engorrosa él solo, porque el chico no era capaz más que de resollar y resoplar y temblar como un fuelle roto, la boca cerrada, los labios apretados, empapados de una mezcla de moco y baba que le caía por la barbilla; las nubes grises habían

comenzado a deshacerse muy por detrás del perfil de la ciudad; Coñojoder dijo para sí, y levantó el saco con los gemidos del perro negro dentro después de darle un puntapié que casi le hizo perder el equilibrio, y lo balanceó varias veces en el aire, de un lado a otro, enseñando los dientes, y lo arrojó al agua verdosa del albañal; sonó como la reverberación de una explosión líquida; aquellas aguas biliosas e inmemorialmente estancadas al fin se removían, y salpicaron a los dos; en aquello debió de haber algo divertido porque él sonrió, sonrió al tiempo que se sacudía las manos, dando un par de esa clase de palmadas que a veces se dan a modo de colofón tras el trabajo bien hecho, también se sacudió las manchas de tierra del pantalón; No me seas maricón, dijo, y escupió, y también dijo Ese perro tenía el moquillo me cagoen dios, dijo Habría acabado contagiando a los demás perros, joder, y también dijo que si eso hubiera sucedido habría tenido que matarlos a todos, uno por uno, dijo, y señaló hacia el albañal; se quedó con los brazos en jarra, mirando el saco azul todavía a flote en la superficie glauca, y el chico también lo miró; las formas de las patas y de las uñas y del espinazo y del hocico; en algún momento de los segundos infinitos durante los cuales él y el chico aguardaron a que de una vez por todas el albañal verdoso engullera el saco de arpillera con el perro negro dentro, comenzaron a cantar los grillos; pero no había cerrado bien el saco; había hecho un nudo demasiado precipitado; el perro negro y enfermo conservaba aún un poco de esa clase de fuerza primaria que se agarra al hecho de estar vivo con mayor convicción que nuestras propias ganas de estar vivos y logró forzar el nudo hasta que se soltó la cuerda; asomó su cabeza negra por la abertura, y después las patas delanteras, y nadó hasta llegar a la orilla como si fuese paralítico, mordiendo el agua, con medio cuerpo aún dentro del saco, deshaciendo la espuma flemática de la superficie del albañal con los chapoteos desesperados de sus pezuñas; miraba en todas direcciones, ojos negros y redondos e insondables, ojos de pez; consiguió alcanzar los coágulos de lodo de la orilla, y allí se quedó, tiritando; el chico sonrió y se limpió los mocos con la camiseta; Hijoputa, dijo él, y Sus muertos, dijo él; con los brazos extendidos bajó dando pasos laterales hasta la orilla del albañal; Me cagoen dios, dijo, porque el cieno se había tragado sus pies hasta casi los tobillos, y estuvo a punto de resbalar; volvió a agarrar al perro negro por la piel del pescuezo; lo arrastró hasta el lodo de la orilla; el saco quedó atrás igual que una crisálida abandonada; sin soltar la piel del pescuezo del perro negro y enfermo comenzó a mirar, a buscar, a mirar buscar mirar buscar con el perro negro colgando de sus manos como si no tuviera huesos; el perro negro lo miró, lo más cerca que un animal puede estar de formular una pregunta por el sentido, pero él se limitó a reír y después miró al

chico, puede que para encontrar complicidad ante la irrupción de lo absurdo, o para validarse como cúspide de aquella sevicia trófica, porque, acostumbrado a dar muerte a cuanto saliera del agua, sabía lo que hacía y aun así lo hacía, o puede que se riera ante el goce que le proporcionaba la idea de aplicarle él mismo al perro negro la sentencia y el castigo que merecían aquellas insolentes ganas de seguir viviendo[15]; Hijo de puta, dijo cuando al fin encontró bajo el cieno lo que andaba buscando con los ojos; su rostro se hoyó, oscuro y astuto, y hundió sus dedos en el limo; de él extrajo una gran piedra; el chico apenas notó la humedad caliente de la orina por los muslos las rodillas los tobillos al verlo alzar mano y piedra hacia el cielo de nubes, como una ofrenda hecha a un dios carnicero; los estorninos cayeron en picado en forma de flecha; goteando fango, mano y piedra se cernían sobre la cabeza del perro; él apretó los labios y el chico cerró los ojos.

Al fondo del pasillo, tanto la puerta estanca como su umbral le parecen ahora más pequeños al chico. Los motores son apenas un zumbido subsónico. Despojada de romanticismo la cubierta de un barco es un no lugar esquivo cuya etérea ataraxia industrial enseguida humilla al no iniciado, lo zarandea y lo invita a irse por donde ha venido. El chico salta por la borda de regreso a tierra, tras él. Con los faros encendidos, los coches abandonan poco a poco el muelle. Uno hace sonar el claxon dos veces. Ella los ve, solapados, figuras recortadas de fotografías distintas, de álbumes familiares distintos, que hubieran pegado más tarde en el mismo trasfondo. Él deja caer las bolsas de ropa usada a los pies de ella como quien devuelve a su dueño una pertenencia ominosa de la que hubiera pretendido deshacerse. Ella baja la cabeza, las mira y luego abre el maletero mientras el chico sube al asiento trasero, y sube también el tintineo apagado de las botellas de *whisky*. Él echa las bolsas al maletero y lo cierra de golpe y ella sube al asiento del acompañante. Ahora quien conduce es él. Las ruedas sobre los adoquines son un redoble sincopado en el silencio a negras del habitáculo. Detiene el coche al llegar al puesto de control de la guardia portuaria. Un agente demasiado joven como para que el uniforme no parezca un disfraz se aproxima y se inclina sobre la ventanilla abierta del conductor, y desde detrás de las gafas echa una ojeada al interior a la vez que se lleva apenas las yemas de dos dedos a la visera rígida de su gorra de guardia portuario ensayando un saludo protocolario con reminiscencias militares y después da las buenas noches en general. El chico ve que su madre se inclina ligeramente hacia delante y que sonríe al guardia con la boca cerrada. Reflejada en los ojos de su madre ve la luz roja de un semáforo. El chico aguanta la respiración para evitar que dentro del abrigo las botellas choquen entre ellas y que el sonido del vidrio despierte los recelos del agente. Piensa esto

solo porque desconoce que aquel control no es menos rutinario que la farsa orquestada de la cual forma parte: el agente pregunta si puede bajar del vehículo y su padre dice que por supuesto, y lo hace; deja la puerta abierta y acompaña al guardia civil a la parte trasera del coche y abren el maletero; todavía inmóvil, el chico oye cómo su padre explica al agente que acaban de llegar de la mar y que blablablá y que la descarga es mañana y que blablablá y que el contramaestre blablablá mientras fingen que revuelven sin demasiado énfasis el contenido de las bolsas de deporte hasta que por fin entrega al agente alguna cosa, una caja de marisco o de gambas o lo que sea; el chico ve cómo el guardia se apresura cabizbajo a esconder la caja en su garita minúscula en la que solo hay una silla con las patas de hierro y un flexo. (Horas más tarde, la familia recién estrenada a la mesa, el mantel de hule, servilletas de papel, comerán y mordisquearán y chupetearán ruidosamente el marisco, las cabezas de gamba o de lo que sea, servido sin más explicaciones en una fuente con dibujos descoloridos de rosales en flor). El agente no tarda en salir de la garita y vuelve a erguirse, se alisa la chaqueta del uniforme y se recoloca la gorra, levanta la barrera y hace con dignidad renovada, aunque un poco fastidiada, el clásico movimiento que hacen los guardias portuarios con el brazo para decir adelante o circulen. Siempre les deja pasar: a él, a ella, al *whisky* de contrabando y al chico, que, con los brazos cruzados, como si se sujetara la tripa dolorida en lugar de las botellas, se vuelve para ver perderse, más allá del cristal trasero del coche repleto de pequeñas motas blancuzcas, vía láctea de restos de lluvia y polvo, a lo lejos, por detrás de la barrera bajada y de la garita a oscuras y del guardia portuario y del siguiente coche al que ha detenido y de los tejados ondulados y grises de los talleres y de los almacenes y las siluetas afiladas de las grúas y las farolas encendidas[16], la proa del barco que descansa exhausto, se mece en la noche, recobra el aliento.

El ciclo se renueva.

Sube la marea.

La parte del casco que queda por encima de la línea de flotación se llama «obra muerta».

En efecto, para todo ser acuático la cubierta es un lugar al que se va a morir: nada sino la muerte aguarda a cuanto salga del mar.

La parte que queda sumergida, no podía ser de otra manera, es la «obra viva», porque vida ha de haber si la muerte ha de ir en su busca. Y, no podía ser de otra manera, ambos, obra muerta y obra viva, se aúnan, como la muerte y la vida, para conformar un único ente a flote (milagrosa e ilusoria condensación de objeto y palabra) en el universo para el cual ha sido concebido.

Como todo lo que es, el mar tuvo su propia metafísica. Y también su propia Ilustración (la resolución de aquel asunto de la longitud, por ejemplo), y pese a que, dijo aquel, el mar tenga muchas voces y muchos dioses, vivimos desde hace tiempo al amparo del jactancioso ateísmo del sónar y del radar, hace mucho que lo empujamos a plegarse a sus propios límites cartografiados, que exterminamos todos los monstruos, todo prodigio tentacular, mofletudos querubines, leviatanes y demás especies grotescas con imposibles poses mitológicas, ojos crispados y bosques de colmillos y lenguas como intestinos. Aun así, el mar, la mar, todavía conserva su mística, aunque devenida técnica. A fin de cuentas, son lo mismo.

Un pescador de centollas, sin venir al caso, o casi, a media voz, dijo: «La mar es *otro mundo*».

Un quizás famoso grabado alemán del siglo XVI muestra a una persona (a un hombre, en realidad) con aire de monje o de peregrino más bien, sin tonsura a la vista, túnica y sandalias, en pleno acto de traspasar la frontera entre, digámoslo de una vez por todas, los dos mundos; está arrodillado, gateando casi, con medio cuerpo dentro de la esfera superior; el sol lo observa con el rostro indolente de quien, a este lado de la vida, «yace en el medio y sabe»[17]. Si bien tiene la mano izquierda apoyada todavía en el suelo del mundo inferior, en tierra firme, en el rostro en escorzo se adivina el asombro que le provoca una contemplación tan directa como basta de la verdad, asombro que

le ha llevado casi a dejar caer su bastón de solitario peregrino o monje, la mano derecha la tiene alzada, extendida hacia lo esférico inmutable, hacia el más allá que ya no es más sino solo un allá eterno, está cerca de tocar con la misma incredulidad perpleja que aquel apóstol la llaga, los mecanismos del orden superior e inmóvil etcétera que, para aquella vieja metafísica, decoraban el hogar tanto de la verdad como de lo real: allá lo eterno, siempre vivo, perfecto, aquí lo corruptible, siempre moribundo, imperfecto.

Las del mar son, en cambio, una verdad y una realidad no superiores sino inferiores, no de las alturas sino de lo profundo, las del plomo en forma de lágrima y unido a un grillete dorado y diminuto y este a su vez al sedal tan fino que invisible que asaltan el aire, el espacio entre las dos inmensidades azules, una parábola irreversible que culmina en un chapoteo instantáneo, sordo, lábil, a lo lejos, para hundirse, para cambiar a espiral, para llevarse con ellos en vaivén la mitad todavía convulsa de un gusano o un trozo de calamar quizás hasta un fondo turbio de arena estriada en el que, tras posarse como se posa la hojarasca cuando desiste el viento, solo aparentan su deriva, pues allí, en lo profundo, como todo en lo profundo, el plomo y el grillete y el sedal y el anzuelo, conspiran, aguardan, saben.

Un patrón, tras una marea, a la pregunta de si alguna vez se había visto o se vería haciendo otra cosa, clavó la mirada grave en su interlocutor y contestó: «Esto es *lo que soy*».

Con lo cual, las expresiones «obra viva» y «obra muerta» parecen haber sido escogidas de forma inconsciente; o no.

Como toda metafísica, esconde también sus propios terrores. Su razón de ser es ocultarlos.

Las verdades no cuentan, cuenta lo que se pretenda con ellas. En cualquier caso, ambos términos propician imaginar la superficie del mar como una frontera acuática entre dos (siempre dos) mundos; y si en lugar de un monje o un peregrino arrodillado en una loma (¿aunque no posee el mar una geografía propia, fugaces sinclinales, efímeros anticlinales, momentáneas morrenas pelágicas y aludes de espuma, transitorios desfiladeros, breves abras, especulares llanuras líquidas?) situamos a alguien sumergido a medias, muchas millas mar adentro, la imaginación hará, una vez más, el resto; frontera que acaba por hacerse imperceptible, más aún esos días vaporosos en los que la bruma llega como llega el sueño y el azul blanquecino del mar

y el del horizonte se funden y se vuelven uno y el mismo, hasta que ya no hay horizonte y la brisa traza intrincadas estrías membranáceas en la avenencia provisional de la mareta, y se diría que el cielo ha enraizado y que sus filamentos se pierden y se hunden en otro subcielo en el cual flota el barco, un barco al arrastre listo para largar, que bandea sobre la ondulante piel agrisada y por siempre erizada del mar, que se adapta a, que casi disfruta de, sus movimientos incesantes, y los replica bajo nubes esparcidas al azar como aquel cosmos más hermoso, escamas secas desprendidas de un pez azul gigante; se han desplegado los tangones, uno por cada banda, usados para lograr una mayor apertura de la boca de la red bajo el agua, y apostado sin al parecer preocuparse por su propia integridad, en el extremo mismo de uno de los tangones, un marinero, uno no tan viejo como su piel aparenta, por ejemplo, revisa y asegura el cable de arrastre que sujeta el tangón a las puertas.

El arrastre, de sobra sabido, es una técnica —un arte, lo llaman, por no llamarlo una mística quizás, ya que tiene su misterio— que consiste en usar una red lastrada la cual barre el fondo marino no solo capturando lo que sea que se vaya buscando, marisco, por ejemplo, como el barco en el que él navega, sino también cuanto se cruza en su camino. A cambio destroza el fondo, lo arrasa, lo destruye, igual que una guadaña tarda e indolente cuyo filo está hecho de malla, una malla que ahora, tras deslizar su peso muerto por toda la cubierta, el mar asume y engulle de una manera conmovedora, hasta hundirse despacio como la hoja del escalpelo en el vientre tendido y flácido.

En cierto modo, el arrastre —y no solo el arrastre, sino todo arte de pesca— se parece a cierta dinámica mental y a los comportamientos que la acompañan, pues toda obsesión va al arrastre en su propio océano mental[18], arrasando el fondo, arando el lecho, capturando sin hacer distinciones hasta esquilmar. El pensamiento al arrastre, la mente en el mar, no tiene recuerdos sino sedimentos, como los que deja el mar al retirarse; nunca desembarca sino que vara, y, de hacerlo, la marea alta siempre lo devolverá mar adentro.

Gritan las gaviotas, codiciosa legión en suspensión y a flote, se diría que incuban el mar, reclamando su parte; las puertas de la red caen y estalla el agua, giran los cabestrantes largando cabo, cadena y cable. El viento desbasta el oleaje que acto seguido el barco labra.

Un marinero, quizás fingiendo, o quizás no: «Es que a mí la mar *me llama*».

Cuando recogen, las puertas surgen del mar ahora quizás más encrespado como pecios inesperados, es ese instante único en que algo *sale del agua*, y detrás los cables y detrás los cabos, de ellos cuelgan algas como pelucas puestas a secar, cabos que tiran de la red para a la vez desenmascarar toda trascendencia, toda referencia, que desvela el truco porque siempre hay truco: para toda trascendencia, cobrar el hilo de las referencias.

Y así como el objeto de toda metafísica va a parar a las manos de quien cobra el esquivo hilo de necesidad que subyace en cada pretensión de trascendencia posible, así irá a parar la red —gelatinoso órgano extirpado— mientras el barco aguarda inquieto —la popa abierta, la boca de un ciego hambriento— a la rotunda solidez de cubierta, donde un marinero, pantalón impermeable naranja, chubasquero abierto naranja, camisa a cuadros, gorro de lana, con sus dedos botos y desnudos de hombre, deshace nudos chorreantes con veterana facilidad, y, abierta esa entramada esfera de astuta participación, vierte muerte sobre la obra muerta: el rojo hepático del marisco derramado, el brillo inservible y remiso de un buen puñado de pescadillas, plástico, un congrio, dos, que serpentean hacia un lado, calamares y pulpos desperdigados —el marinero aplasta la cabeza de uno de los pulpos varias veces, pasmosos desquites, todos sin éxito, con el tacón de su bota verde de agua—, algunas latas, ¿sardinas?, tres botellas, más plástico (¡ah, ese quisquilloso Parménides tenía razón entonces, y todo idealismo ha de incluir forzosamente sus propios desperdicios!), y agachado, casi arrodillado, como el Anciano de los días de Blake, otro marinero comienza a recoger y separar y a clasificar las capturas en canastas amarillas.

Pero, un momento… imaginemos… imaginemos que con la simpleza terrible de una ola… un embate, un golpe de mar lo llaman… un ligero bandazo… imaginemos que ese marinero, o cualquier otro, cae al agua, imaginemos también que nadie lo advierte, que nadie grita «hombre al agua», imaginemos que ese hombre va a morir tan ahogado como ahora sus gritos de auxilio… imaginemos cómo le afecta el frío, el miedo, cómo se entumecen sus miembros, cómo la ropa mojada tira de él hacia el fondo (un contramaestre, preguntado por este asunto, dijo: «Con las botas y el chubasquero y demás, en el agua eres poco menos que un plomo. Vas a pique»), cómo poco a poco va sometiéndose al cansancio, y no solo cómo ante sus ojos se aleja el barco sino también, cuando ya no resta sino hundirse, el irónico alejamiento de la obra viva, desenfocada, difusa, y cómo lo que hace no mucho fue abajo, superficie, es ahora arriba, un cielo trémulo y oscuro y cada vez más distante salpicado de los buches y las patas de las gaviotas, inquietas, jirones de algas, un banco de sardinas que se

dispersa, las salpas en evanescente procesión… imaginemos cómo se hunde despacio, cómo patalea mientras sus manos llevan a cabo el desesperado y ridículo intento de, igual que un coral al fondo de roca, aferrarse a la vida (como si la muerte fuese algo distinto a vida que reclama vida), de agarrarse al mismo líquido que poco a poco le anega las narinas, los oídos, el gaznate, el estómago, los pulmones.

El barco en el que él navega, quizás, o quizás no, en mitad de una maniobra, o al principio, o al final, o quizás no en una maniobra sino en un descuido, o puede que nunca, orinando por la borda tal vez, o fumando de cara a las estrellas o ni siquiera eso, una estupidez mayor, en un despiste, en un torpe exceso de confianza, un resbalón, un tropezón, mandó, como suele decirse, un hombre al agua. Y el ronroneo indiferente del motor y el golpeteo indistinto del mar contra el casco y las carcajadas de las gaviotas se tragaron el ruido que hizo al caer, los chapoteos, los gritos, las maldiciones, los escupitajos, los sollozos, las toses, el terror, las convulsiones, la agonía, el abandono, el adiós.

O quizás no cayó, sino que saltó. O ninguna de ambas cosas. Quién sabe.

En cualquier caso. Imaginemos, que imagina, su silenciosa muerte acuática[19].

El muerto del mar muere en ninguna parte, pues el mar, al menos para morir, es ninguna parte, ni siquiera se parece al cielo colmado de constelaciones, o al cielo repleto de nubes en las que podemos hallar reminiscencias de formas familiares, nada a lo que referirnos, no hay árboles cuyas cortezas parecen rostros y sus ramas brazos extendidos, ni tampoco montañas en las que vemos el perfil de un indio o la silueta de un león que duerme. El ahogado, de hacerlo, ni siquiera aparece en el mismo lugar en el que cayó, tanto es así que incluso quienes han estado, o están, a punto de morir en el mar están ya, anticipada y eternamente, moribundos por dentro.

Y al no haber en el mar nada figurativo, mucho menos hay un lugar que poder visitar, un lugar en el que poder agachar la cabeza, señalar con el dedo y leer: «Aquí yace».

Yerran pues quienes ven en el mar una uterodicea, no hay en el mar retorno a casa, ni abrazo esférico —no han entendido al ser consagrado al agua, pues qué importa que haya sido hecho de arriba

abajo: solo tierra adentro se medra, solo tierra adentro te miran como si para ti pasara el tiempo pero no la vida, pues el ser consagrado al agua ni tiene ni puede tener raíces. Tampoco han entendido la muerte del agua: para el muerto del mar ni siquiera hay tierra que poder desear le sea leve.

Comida para peces.

Y, además, todo esto es algo de lo que el mar no sabe nada, porque el mar, por más que lo repitan, ni arrebata ni reclama nada, salvo eso que le pidamos[20], salvo eso que depongamos. Donde no hay nada figurativo, tampoco puede haber nada significativo. O, dicho de otro modo: donde mejor nos reflejamos es en el espejo de lo asignificativo. El mar no es más que los reflejos sin significado, sin sentido, que creemos que somos.

Así, en mitad del mar y solo del mar, se vislumbra otra enseñanza, otra advertencia, tras el mito de Narciso, una más honda quizá, más subyacente, más abisal: el peligro de muerte no está solo en enamorarse (¡perdidamente!) del reflejo de uno mismo, de su propia imagen, de tornar dogma su propio fingimiento, sino también en identificarse con el agua, que engañosa es toda forma y ninguna, pues detrás, debajo, del ser-uno con el agua, con el mar, no aguarda más que la muerte del agua.

Los pensamientos del mar, los pensamientos del agua, son pues pensamientos del y en un pasado que nunca fue, que nunca podrá ser. El pensamiento del agua es el ansia engañada de otro pasado que no es sino el mismo. Autoengaño de un otro-regresar del mismo pasado.

Es falso que la imagen del agua que corre hable del fluir desde un presente hacia un futuro por venir. Del devenir. No sino el ansia figurativa por negar la ausencia que desde el mismo principio se es.

El ahogado, o el que se ha perdido para siempre en el mar, es la prueba: no tiene futuro ni siquiera como muerto, pues ni siquiera el cuerpo rescatado es suficiente. Es como si el cuerpo recobrado del ahogado hubiese perdido alguna-otra-cosa además de su vida, algo que lo definiera en tanto que muerto. No es el muerto en el sillón, ni en su propia cama, o en la de un hospital, ni siquiera el cuerpo en el asfalto, desollado, descoyuntado en la cuneta o en la mediana; por algún extraño motivo, todos esos cuerpos, todos esos muertos, poseen un estatuto (¿anterior, posterior?) del cual el ahogado o bien carece

de antemano o bien ha sido despojado a perpetuidad. Un cementerio de ahogados es, más que ningún otro, una farsa, una representación sobrecogedora a la que siempre le faltará algo, y no solo debajo de las lápidas. La del ahogado es una muerte ajena a todo contexto tangible. Quizás un ahogado sea eso que más cerca ha estado nunca de mirar de frente lo que no puede mirarse de frente. Puede que lo haya visto.

Hombre al agua, tal vez, entonces.

En estos casos, según dicen, las directrices son esperar dos días. En el tiempo en que, se estima, tardaría un cuerpo en salir a flote, hay que navegar en círculos concéntricos o en rectángulos (dos millas avante, media milla a estribor, dos millas avante, media milla a babor…) en el área en que, con tanta precisión como sea posible, se cree que el individuo ha caído al mar: y eso fue lo que él hizo. Quizás. En vano.

Pero el cuerpo nunca reflotó.

Pero el cuerpo reflotaba.

Él fue el primer sorprendido. A partir de ahí, cada vez que largaban las redes, una marea tras otra, la tensión, el peso de sus tripas un ancla, daba por hecho que al recogerlas y al abrirlas el ahogado caería; y en efecto lo *veía* caer a cubierta, quizás, aunque ahí, frente al cansancio de una tripulación cada día más turbada, no cayera nada sino la escamosa cama de la escasa captura; creía verlo hinchado, mordisqueado, verdoso, descalzo, asombradas las cuencas inundadas, hasta que sacudía la cabeza y desaparecía, pero no por siempre, y, al final, como si fuesen una extensión de sí, nunca más volvió a largar las redes a por la pesca sino a por el ahogado, trayendo nada más que la exigua presencia de la una y la total ausencia del otro. Nunca supo si cayó, o si saltó.

Y aun así, como el antiarcángel de una anunciación inversa que jamás se materializa, lo veía, y en las cartas, trémulos puntos rojos sobre el papel cuarteado, dejaba repetida constancia de las apariciones y las desapariciones. En su cabeza.

Lo veía en sueños, en quieta suspensión bajo el agua de un azul opaco e inacabable, la barbilla hacia la superficie como quien ruega a un cielo sordo, y dormir se hizo ya imposible, o eso se decía; lo veía al parpadear, al frotarse los ojos escaldados, fogonazos de un rostro plagado de diminutos carroñeros subacuáticos, boquiabierto y deforme; también con los ojos abiertos, desde el puente, era una

mancha rutilante en la pantalla del sónar, un zumbido en la señal del radar, un siseo en las ondas de radio, lo veía flotar a barlovento, bocabajo, los brazos extendidos, los talones a la vista. Lo veía siempre, o eso decía; salvo en la calma chicha del vaso.

Como si él fuese el mar, y aquel hombre se hubiese ahogado en el mar que era él.

Lo arrambló la idea de que, hubiese caído o hubiese saltado, solo un ahogado redime a otro ahogado; y desde entonces navegó a la deriva de la certeza de que sería aquella la muerte que tendría para sí, y, como ansiaba el reverencialmente aterrado místico del medievo la reunión con su único Dios, ya no quiso para sí más muerte que esa: la muerte del agua. Esperando a caer, sin atreverse a saltar.

Pero si uno ansía en secreto la muerte del agua, ¿qué clase de vida la antecede?, ¿el rabioso y ciego intento por negar, por ahuyentar, la asunción de que el mar no es sino un reflejo de sí mismo, de que es sí mismo ya perdido, ya ahogado en la corriente de su propio presente, en un pensamiento al arrastre, manteniendo a frágil flote la obra muerta que es?, ¿qué clase de vida es esta?, ¿qué clase de hombre la vive?

Luego es verdad, estar sin estar es el mar[21].

Iba a ser el último día del pino que crecía junto a la puerta de la casa de campo a la que, finalmente, se habían ido a vivir.

El pino era más alto que la casa y tenía un tronco del ancho de un par de abrazos que se horquillaba a media altura. Acababa en una copa frondosa y llena de piñas que se reclinaba en el tejado a cuatro aguas y de ella lloviznaban sin parar acículas y polen y unas gotitas de resina que formaban frente al umbral una fina alfombra indeleble marrón oscuro que se adhería a la suela de los zapatos. En el enlosado, dentro de la casa, aparecían grumos por todas partes.

Ella no quería aquel árbol en la puerta, ya tenía suficiente con haber tenido que irse a vivir allí, decía para sí, y a él, que tan solo le pedía que quitase ese árbol de en medio, y él decía Vale, y decía Que sí joderrr, y decía Calla ya coooño, pero llevaban casi dos años en esa casa, y la escoba con el palo torcido y el recogedor sucio continuaban montando solícitas guardias interminables al lado de la puerta, y el pino seguía en el mismo lugar en el que había estado siempre.

Ahora sus días en tierra eran más numerosos; días que él pasaba con el vaso pegado a la mano como se pega la rémora al tiburón, bebiendo y desatendiendo sin decir palabra la petición de ella, que pasaba los suyos como de costumbre, capeando los embates contra el casco de su mudo desamparo, la petición de que, por lo menos, cortara aquel pino.

La bodega del barco volvía cada vez más vacía, y tras la segunda o tercera marea los números y los comentarios de la tripulación (unos que si hablaba en sueños y había terminado por creerse lo que en sueños decía, otros que si bebía tantísimo que ya ni sabía ni distinguía con quién iba o no iba a bordo, ni si faltaba alguien) acabaron por agotar la paciencia del armador, y poco después a Dios gracias si se hacía un hueco de marinero en alguna trainera o en algún palangrero.

Así que el dinero empezó a escasear. El piso en la ciudad, único y último refugio de ella, hubo que dejarlo, y, al menos así lo sintió ella entonces, tuvieron que huir a la casa de campo que, varios años atrás, había comprado él para, había dicho en su momento, Que nadie me toque los cojones cuando estoy en tierra.

Menos mal que en su día compré esta casa, dijo él.

Podrías haberla vendido e intentar conservar el piso, no dijo ella.

Aquí los gastos son los mínimos, dijo él. Y el niño que vaya al colegio en autobús, y andando a la parada, a ver si espabila.

Podrías haberlo evitado, en lugar de encerrarnos en esta casa que

ni siquiera es una casa, no dijo ella, son cuatro paredes mohosas, no dijo ella. Te estás bebiendo nuestras vidas, no dijo ella.

Había mandado levantar en el patio un techado de viga y chapa para el coche. Los del taller del muelle me debían un favor, había dicho él. Pero el árbol seguía ahí. También había comprado un cortacésped usado, aunque no hubiera césped que cortar sino maleza y grama muerta. Pero el árbol seguía ahí. Había traído cal y le había dado al chico un cubo y un cepillo para que blanqueara los muros. Pero el árbol seguía ahí. Se había hecho Dios sabría cómo con tres perros que ladraban a todo y que comían como bestias y que defecaban en la grama y en mitad del patio, a uno se lo llevó atado, aunque no lo lamentaba, pero a saber para qué, lo regalaría, o lo cambiaría por *whisky*. Pero el árbol seguía ahí.

Y entonces, cuando ella había desistido, aquella mañana apuró el café y escupió medio sorbo en el fregadero y acto seguido abrió la nevera y una lata de cerveza y Voy al muelle que uno de un taller me va a prestar una motosierra, dijo, Voy a cortar el puñetero pino, y dijo al chico que le abriera la cancela y mientras montaba en el coche que procurara que no se salieran los perros, y luego dijo, proyectado el codo por la ventanilla bajada, Vuelvo en un rato que voy a traer una sierra y a cortar el puñetero pino para que tu madre se calle de una puta vez, también dijo Así que me ordenas el cobertizo, lo dejas en condiciones, hay que hacer sitio para toda la leña, ¿entiendes?, y dijo Cuando acabe te va a tocar coger la carretilla y meter toda la leña en el cobertizo, bien apiladita, ¿entiendes?, no de cualquier forma, y con fuerza sorbió un par de veces por la nariz y luego escupió ruidosamente, acabó la lata de cerveza, la aplastó y la tiró sin apuntar por la ventanilla y cayó debajo de las arizónicas, y el chico supo que más le valía recogerla, y él dijo A ver si así aprendes lo que es que te duela el lomo, y el chico agachó la cabeza, Levántame la cabeza coooño y déjate ya de gilipolleces y mira para arriba, me cagoen dios, con el motor al ralentí, y arrojó una mano al bolsillo de la camisa a por el tabaco y sacó un cigarrillo, accionó el mechero del coche, dio varios golpecitos al extremo de la boquilla contra el paquete que después tiró al asiento del acompañante, se llevó el cigarrillo a los labios, lo encendió, el humo gris y ascendente le emborronó la cara y en voz baja y oracular dijo desde detrás del humo Ve espabilando que los coños están muy caros, y cerró a medias la ventanilla y aceleró y se fue, y el albero del camino crepitó bajo los neumáticos.

El chico cerró la cancela apartando a los perros con las espinillas y con la mano y con fastidio, y dio una patada ofuscada que no pretendía golpear a nada, pero uno de los perros creyó que le había lanzado algo, y expectante y con las orejas enhiestas miró en todas direcciones, y el chico se ablandó ante su ingenuidad y buscó algo que

lanzarle, pero no encontró nada a primera vista así que desistió, y al poco el perro se alejó, se pegó al muro y se sentó jadeando, y luego se tumbó con medio cuerpo a la sombra. El chico miró al cielo. Celeste aguado, aunque el sol, que empezaba a estar alto, no tardaría en blanquearlo, y volvería a hacer calor. Un calor húmedo y pegajoso, daba la sensación de tener la cabeza dentro de una bolsa de plástico mojada.

Como una costra espinosa, acículas secas cubrían amontonadas la mitad del agua del tejado que daba al patio. Cada cierto tiempo había que subirse al tejado para limpiar las acículas secas porque, decía su padre, como una chispa de la chimenea las alcance, van a arder más rápido que la gasolina. La copa del árbol empezaba a sombrear la otra mitad del tejado. Ahora que el pino iba a desaparecer parecía más alto, el tronco más ancho, la horcadura más robusta, más ahí. Qué irónico resulta que los finales, que la inminencia de la desaparición, no solo la muerte, acentúen las presencias. Pensó que iba a salir mucha leña de aquel pino y resopló ante el mero pensamiento de tener que acarrearla hasta el cobertizo. Avanzó un paso, pero enseguida se dio la vuelta y se agachó a recoger del parterre la lata chafada, y al levantarla la lata goteó, y el chico chasqueó la lengua. El perro paró de jadear y alzó la cabeza para comprobar si era una invitación al juego, pero al ver que el chico se alejaba en dirección a la casa devolvió la cabeza al hormigón. Pensó que tiraría la lata al bidón de atrás y eso hizo.

La parte trasera de la casa y la tapia estaban muy juntas. Tres, cuatro pasos de separación a lo sumo. Tras la tapia había un pinar. Su padre decía que era un nido de ratas y de garrapatas, y que habría que pegarle fuego cuanto antes mejor. Al pie de la tapia malcrecía romero. Solía cortar una rama de romero cada viernes, y lo prendía y se paseaba por toda la casa susurrando Romero romero que salga lo malo y que entre lo bueno con la rama de romero en una mano y un vaso en la otra y una estela de humo tras de sí, pero al poco dejó de hacerlo, quizás porque ni lo malo quería salir ni lo bueno entrar. La lata cayó entre otras latas. La puerta de la cocina estaba abierta; oyó a su madre fregar las tazas del desayuno. Apartó la cortina de cuentas y entró. En el borde del fregadero había un cigarrillo que era más ceniza que cigarrillo. Ella volvió la cabeza y preguntó qué iba a hacer y el chico dijo que tenía que despejar el cobertizo para la leña del pino y ella asintió y con los dedos mojados cogió el cigarrillo, y la ceniza cayó al fregadero y le dio una calada larga y echó el humo hacia un lado y luego apagó la colilla bajo el grifo. El chico abrió el segundo cajón y sacó la llave del cobertizo y salió.

Atravesó la grama seca esquivando las heces de los perros. Hojas caídas de eucaliptos y restos de ramas bajo las suelas. Nombró para sí

el pequeño tocón de algo que apenas llegó a sauce porque le asombraba el modo en que la palabra invocaba al tocón, un objeto un nombre, y por un momento notó el cálido amparo de un mundo de, igual que plantas etiquetadas en los pasillos de un vivero[22], semejante simpleza. Unas minúsculas arañas blancuzcas salían disparadas en todas direcciones con cada paso que daba. La mayor parte de la grama murió tras unas crecidas. Hubo que hacer agujeros a martillazos al pie de la tapia para que el agua, cargada de fango y de maleza y de basura, siguiera su curso hacia las marismas. Su padre había jurado que exigiría al ayuntamiento una indemnización por daños, pero nunca lo hizo, y los agujeros seguían ahí, tapados con la insuficiencia de unas losas. Puede que las ratas a las que se refería su padre entraran por ahí; descubrió un agujero debajo de las arizónicas y dijo que apostaba un huevo y parte del otro a que aquello era un nido de ratas y apremió al chico para que fuese al cobertizo y le trajera la escopeta (una carabina de aire comprimido con multicargador) y la caja de los perdigones a la vez que se pasaba las palmas de las manos frenéticas por las perneras y cuando el chico trajo la escopeta lo vio ir encorvado de un extremo al otro del parterre hasta que dio con lo que buscaba y susurró Míralo señalando otro agujero y dijo Trae la manguera y el chico lo hizo, y cuando se la tendió él susurró Qué hijas de puta y después introdujo el extremo de la manguera en uno de los dos agujeros y cargó de perdigones la carabina y Cuando te diga abres la manguera, dijo, y el chico dio de espaldas varios pasos hasta el grifo y él se plantó delante del otro agujero y con un ojo cerrado apuntó con la carabina y Abre, gritó, y el chico obedeció y la maguera a rayas primero regurgitó aire y un rato después por el agujero del suelo comenzó a salir agua, despacio primero y a borbotones después, y entonces las ratas empezaron a asomar de una en una mirando empapadas de un lado a otro con pegotes de tierra en los ojos y él se puso a dispararles y las ratas salían despedidas hacia arriba, agonizantes y enseñando los dientes, y convulsionaban cerca del agujero lamentándose en el lenguaje hecho de chillidos agudos de las ratas que no tardó en atraer a los perros, que al verlas se pusieron a ladrar como locos y Quita a los putos perros de en medio gritó él a la vez que recargaba doblando y desdoblando el cañón, Me cagoen dios, apuntaba y disparaba, cada vez que apretaba el gatillo murmuraba Puta, y remarcaba las pes, *puta*, y recargaba, *puta*, y recargaba, *puta*, y recargaba, los perdigonazos sonaban como escupitajos, y el chico se puso a agitar los brazos y las piernas al mismo tiempo y daba la sensación de que bailaba al compás, pero aun así los perros no cejaban y del agujero seguía saliendo agua y las ratas muertas o moribundas se amontonaban semihundidas en un charco cada vez mayor, un delta visto desde el cielo, un archipiélago de ratas espasmódicas, seis o

siete, y el chico se mojó las zapatillas sin querer y él dijo Cierra ya la manguera y dijo Joder y dio una patada en las costillas a uno de los perros, que gimió y ovillado se echó a un lado y pese a fallar la siguiente el otro perro captó el mensaje y se apartó, y él se volvió a rematar a varias de las ratas evitando pisar el charco, y dijo Ve a por el cubo de la basura y a por unos guantes, y cuando el chico regresó Mete las ratas dentro del cubo, dijo, Y procura que los perros no cojan ninguna, dijo, y también dijo Ni se te ocurra tocarlas sin guantes, y por encima de los ladridos dijo también Y después sacas la bolsa al contenedor, y dio media vuelta y se fue, y el chico se puso los guantes, que le iban grandes, y se acuclilló y empezó a meter ratas muertas en el cubo mientras apartaba a los perros a empujones, con la mano o con el codo, los ojos abiertos como abalorios y coágulos de sangre y lodo en los costados, y al acabar hizo un nudo a la bolsa negra y la sacó del cubo, notaba la humedad en la planta de los pies, y los perros lo siguieron sin parar de ladrar y de pronto se enzarzaron en un conato de pelea que los entretuvo un instante, lo justo para abrir y salir al camino sin tener que apartarlos, la bolsa pesaba y debía esforzarse para que la base no rozara contra la tierra del camino pero aun así rozaba, cambiaba de mano la bolsa evitando que entrara en contacto con las piernas, al hacerlo oía el entrechocar sordo de las latas vacías, y al llegar al contenedor balanceó la bolsa para echarla dentro pero se desgarró por la base y los desperdicios y las latas de cerveza vacías y las ratas muertas se desparramaron por toda la cuneta.

Saltó la manguera a rayas, que serpenteaba hasta un aspersor que no funcionaba a la vez que arrojaba la llave del cobertizo hacia el cielo limpio y antes de volver a poner los pies en tierra la atrapó al vuelo, pero aterrizó sobre una de las heces recientes de alguno de los perros, y el chico murmuró mierda. Guardó la llave en el bolsillo.

Se apoyó de espaldas en la tapia mientras frotaba con fuerza la suela contra la grama y luego le echó una ojeada rápida, y en los surcos del dibujo de la suela vio arena y briznas secas y restos de excremento, y repitió mierda. Decir mierda ahora no era distinto que haber dicho antes tocón. Así de frágil era, pues, el refugio de los nombres, la simpleza que había en el nombrar.

Vio a su madre asomar por la puerta de la cocina y dejar en el suelo el cubo de la fregona y un cepillo junto a la jamba, vertió algo en el cubo y desapareció, y quedó el castañeteo de cuentas de la cortina, el chico seguía frotando la suela contra la grama pero ya sin intención, su madre salió de nuevo con unos guantes de látex y uno de los taburetes y miró un instante al alero por encima de la puerta de la cocina y luego sumergió el cepillo en el cubo y con dificultad y prudencia y una mano contra el quicio se subió al taburete y con afán

empezó a restregar la mancha terrosa que había dejado en el alero un nido de golondrina que el día anterior él había echado abajo con el agua a presión de la manguera, como si el no-nido y su fantasmal presencia, tanta persistencia, fuesen de alguna manera una ofensa.

El chico volvió a echar un vistazo a la suela, ahora los restos de excremento y de tierra eran indistinguibles. Se sacudió de las manos las manchas de cal a palmadas, sacó la llave, se acercó al cobertizo, —bloques grises, puerta de metal gris, techo de uralita gris, sin ventanas—, introdujo la llave, la giró y entreabrió. Sin entrar y a pesar de que llevaba mucho sin funcionar alargó el brazo y probó a encender la bombilla, accionó el interruptor cuatro o cinco veces, costumbre más que fe, y abrió del todo la puerta y poco a poco una imitación de esta hecha de luz se desplegó sobre la pared opuesta y enmarcó una constelación de motas de polvo y detrás medio mango de una pala y una cajonera desvencijada y parte de un panel de corcho con contornos de herramientas hechos a rotulador negro donde tendría que haber habido herramientas, alrededor se extendía la penumbra y olía a humedad y a rancio y a ácaros, y el calor denso que despedía el techo de uralita era casi tangible, y el chico se adentró un paso y una niebla de moscas invisibles salidas de todos los rincones y de ninguno se condensó de repente y ocuparon el interior del cobertizo sus zumbidos enloquecidos y los ecos de sus zumbidos que la uralita replicaba y amplificaba y el chico cerró con fuerza los labios y los ojos y a ciegas lanzó manotazos y patadas y se sacudió el pelo y los brazos y el torso y otra vez el pelo saliendo de espaldas a la grama sin distinguir ya si los zumbidos continuaban o si los oía solo dentro de su cabeza, y entre resuellos abrió los ojos, y el sol enseguida lo obligó a entrecerrarlos, y bajó la vista, y se miró la ropa, la camiseta azul claro y el pantalón corto de deporte gris: ni rastro de moscas.

Gorjeo de gorriones y cacareos en el corral en casa de la vecina.

Levantó la mirada: la puerta abierta del cobertizo, el panel de herramientas vacío, la cajonera torcida, la tapa sucia de un cubo de metal en el suelo, y el suelo sucio de cemento resquebrajado en el umbral.

Se volvió, hizo visera con la mano y vio a su madre sentada en el taburete, ligeramente encorvada, con los codos clavados en el regazo, inmóvil, y la frente apoyada contra el pulpejo de la mano, tenía un cigarrillo entre los dedos, y daba la sensación de que la cabeza le humeaba, y quizás lloraba, pero de ser el caso lloraba el llanto de la complejidad y en momentos así abrir la boca solo complicaba aún más lo complicado, no sabía de palabras simples con las que nombrar lo complejo, y amansarlo, sí del peso de la inutilidad de las suyas, un codo en el hombro, de la certeza de su invalidez, de que hablar no hacía más que evidenciar de una manera vergonzante su incapacidad,

su estupidez, su gilipollez, lo desazonaban, e igual que en una autopista los faros paralizan al conejo aquella desazón lo paralizaba, pues para el chaparrón de la desazón no le habían mostrado otro refugio que encomendarse al silencio y la inacción, y qué sentido tiene fingir que se tiende un puente por encima de lo insalvable[23], el océano, cuando ni siquiera la sencillez del tacto lo es; esto, sin embargo, no lo sentirá con la claridad suficiente hasta mucho después. Ahora apenas era un borrón indecible ante el cual el chico se limitó a volverse para encarar de nuevo la puerta abierta del cobertizo, para acabar de una vez con la fastidiosa tarea que tenía por delante. Son solo moscas. En el umbral no se oía zumbido alguno, parecía que las moscas habían desaparecido. Dentro, a la derecha, junto al marco de la puerta, asomaba de una caja de plástico una vieja raqueta de tenis con el cordaje suelto. Todo zumbido había cesado, las moscas habían desaparecido; cogió despacio la raqueta y dio unos golpes contra la caja, si seguían ahí eso las espantaría, pero no se oyeron más que los golpes secos y luego la muerte de un eco leve y luego silencio. Volvió la cabeza. El taburete estaba vacío junto al cubo, y bajo el cubo un charco, y junto al charco el cepillo; miró de nuevo al frente y sintió cómo la fugaz imagen mental de esa nueva composición lo sosegaba, y cómo después desaparecían, primero la imagen y luego el sosiego, así que resopló, y dejó que poco a poco sus ojos fueran haciéndose y disipando la oscuridad circundante al cauce de luz que adoptaba la forma del marco de la puerta, y mientras en el suelo su sombra solo en parte. El espacio para la leña estaba a la izquierda, aún quedaba alguna, mal apilada, como si volcada, tal como cayeron los demás tras coger dos o tres leños, y restos de corteza y astillas desperdigados, y no estuvo seguro de si con ordenar la que había bastaría para hacer sitio a la leña que saldría del pino en un sitio donde apenas quedaba sitio que hacer, cajas de cartón y de plástico, ropa o mantas en bolsas de basura negras amontonadas, una bicicleta pinchada, una lata con pintura reseca que nunca pintó nada, el cortacésped junto a un bidón pequeño lleno de gasolina hasta poco más de la mitad, un cuadro pequeño con un bodegón, naturaleza muerta que mataban más si cabe las telarañas, arañas y huevos de araña, piñas secas en un barreño, el aro de una canasta de baloncesto, vertedero de propósitos, un serrucho, un rastrillo y el cubo de los tornillos, una pala con el mango de madera roto y una escalera de mano con el primer peldaño roto y un candelabro dorado y una lámpara dorada, dos sacos de pienso para perros, uno estaba abierto y casi vacío; pero qué significa exactamente hacer sitio en este sitio si no cambiar sin más las mismas cosas de sitio, y eso fue lo que se dispuso a hacer. Y eso hizo.

Y cuando el calor que desprendía el techo de uralita pesaba sobre la nuca y sobre los hombros y sobre los ánimos, y el polvo y los restos

de telaraña y polen de eucalipto le habían irritado los ojos al secarse el sudor de la cara y la frente con el dorso de las manos, el jadeo vaporoso de uno de los perros en el umbral agravando el cansancio y haciendo trizas el escaso aire disponible ya, y el chico levantó la cabeza y miró en derredor y suspiró, y dio tres pasos hacia la puerta, y vio que el sol centelleaba aunque desde detrás de los pinos, era muy pasado el mediodía, y se volvió y se preguntó si el que ahora había sería o no espacio suficiente para toda la leña, fuera se oyó un claxon, una, dos veces, la segunda más larga, y el perro en el umbral enmudeció de pronto, y echó a correr para unir sus ladridos a los del otro perro, delante de la cancela.

El chico fue hasta allí, apartó a los perros y descorrió el cerrojo, y abrió una hoja, y él pisó el acelerador mientras el chico abría la otra hoja y el coche avanzó despacio, a empellones, con el motor demasiado revolucionado, un zumbido discontinuo que parecía vaticinar el de la sierra mecánica, y viró poco a poco a la derecha y el coche dio finalmente una sacudida y se detuvo en seco bajo el techado, y apagó el motor. El chico cerró la cancela, los perros rodeaban el coche al trote, su madre apareció en la puerta de la casa, pero no pasó de ahí. Él sacó una pierna y antes de bajar del coche encendió un cigarrillo, eructó, traía una lata de cerveza en la mano y la camisa del todo desabotonada, mirando al techo de uralita vació la lata y después bajó y cerró de un portazo y dejó la lata en el techo del coche, y al instante la lata cayó y rodó. Se dirigió a la parte de atrás del coche y antes de que los perros se le acercaran dijo Fuera dea quí coño mirando al suelo y dio otra calada y luego abrió el maletero, sacó la sierra mecánica y la dejó a sus pies, y uno de los perros intentó olisquearla y él gruñó He dicho que fuera dea quí cooo ñooo y cerró el maletero como si el maletero tuviese la culpa de todo y debiera además pagar por ello. Qué calor, dijo.

Entonces ella se aventuró unos pasos en el patio y se pasó las manos por las caderas y por el vientre y de nuevo por las caderas, sacudiéndose nada, y dijo que era la hora de comer y que dejara eso para más tarde y él burbujeó que ni hablar, que si ya no quería que quitara el pino de en medio o qué, y ella dijo que claro pero que también había que comer, ¿no?, y él repitió que eso ni hablar y dijo que cuando había faena no se comía hasta que no se acababa la faena, que así era en la mar y que así era también aquí, y tras una pausa ella dijo que no estaba en la mar, y él cogió la sierra y dio una calada larga y dijo que él estaba en la mar hasta cuando no estaba en la mar, y luego miró al chico y escupió el humo.

Andando, dijo, y se aproximó al pino y dejó la sierra en el suelo de hormigón junto al tronco, y apoyó en él la palma de una mano y lo miró, y dio la sensación de que lo ponderaba, como si la inminencia

de su caída le hubiese conferido ya la consistencia del aire, y hubiese contemplado él la posibilidad de tirarlo de un solo empujón pero hubiese resuelto en contra, y al regresar ella al interior de la casa lo olió al pasar a su lado, y Trae la es calera, lo oyó decir, y pasado ya el umbral, en un tono más tajante, Y mira a ver si hay algún cabo.

Reapareció poco después con una cesta celeste de goma contra la cadera en el patio de hormigón a pleno sol y al verlo cabizbajo en apariencia inspeccionando la sierra su sentido de la fragilidad se hizo involuntariamente extensivo un instante en el que no preguntó No estás en condiciones de usar esa cosa, sino Sabes usar esa cosa, preguntó en su lugar, en un tono que incluía aquella otra pregunta y su respuesta, y él lo captó y levantó la mirada y bufó, ¿Y tú?, replicó a ambas, y ella no dijo nada, y salió al patio, se encaminó al cordel tendido desde uno de los barrotes negros de una de las ventanas hasta una de las vigas negras del techado del aparcamiento, al blanco espuma de la colada puesta a secar, y sin soltar la cesta cerró la mano en torno a una de las sábanas y luego se la llevó a los labios, Todavía está húmeda, dijo a media voz, e hizo lo mismo con la otra sábana, y chasqueó la lengua. Trae, lo oyó decir, y se volvió. Él cogió la escalera de mano de las manos del chico, ¿Y el cabo?, dijo mientras la abría y la colocaba muy cerca del tronco, y el chico le tendió un rollo de cuerda, y al verlo él resopló, pareció desinflarse de vida, vibrar como en breve iba a vibrar la motosierra, y arrebató al chico el rollo de cuerda, Bah, dijo, y lo tiró a un lado, Va y me trae un cordel… bah, bah, da igual, anda, anda, ve y tráete el bidón de gas olina.

¿Va a salir mucho serrín? dijo de pronto ella y sin mirarla él dijo, No, va a salir ser pentina, y ella se tragó la respuesta y luego tragó aire, Pues entonces quito las sábanas, dijo en voz baja, y él Para qué si están moj adas las vas a tener que lav ar igual qué más te da vamos digo yo, pero incrédula ella volvió a llevarse a los labios un puñado de sábana blanca, y él Además, no ves que no tenemos nada de vi ento, dijo, a la vez que cebaba el motor e iniciaba los furiosos tirones de la cuerda que ponía en marcha la motosierra, y el motor gorgoteó, Lo mismo ni se manchan, tirón, gorgoteos que parecían replicarle, hacerle de coro, tirón, gorgoteo, Joder, tirón, y la sierra carraspeó y arrancó por fin, y la violencia del ruido anegó el aire al acelerar él el motor para alimentarlo, Coño joder, estridentes zumbidos a intervalos que se diría lo jaleaban, y ella percibió el halo intimidatorio y regresó dentro con la cesta vacía contra la cadera, justo cuando el chico aparecía con el bidón de gasolina y sujetando la escalera con una mano y la sierra con la otra ponía él tentativamente un pie sobre el segundo peldaño de la escalera hacia las ramas más altas del pino, Ven y sujeta la escalera, dijo, y, dudoso de sus fuerzas en caso de hacerse necesarias, el chico obedeció, Primero hay que ir lim piando

ramas pequeñas por la copa, otro peldaño, Y después ya, otro, Cu ando esté limpio por arriba, otro, ojos entrecerrados ante el sol, la escalera se agitaba bajo sus pies, Sujeta bien cooooñoo, dijo, por encima del ruido, y el chico, que creía estar ya sujetando bien, intentó sujetar bien, Después cortamos las ramas más gruesas, y cogiendo aire plantó el pie izquierdo en el último peldaño, No vayas a sol tar, dijo, tras coronar la escalera, ahora con ambas manos en la motosierra. La horqueta que el tronco formaba quedó al fin a la altura de sus espinillas, y sobre ella puso despacio el pie derecho, y Lo último esto, el tronco, dijo, como si le hablara al tronco.

Empezó a pasar la motosierra, demasiado revolucionada quizás, por la base de las ramas que tenía más cerca, y los barridos trajeron un aguacero de acículas y ramos de ramitas y serrín y cortezas, y un dulzón olor a resina, y el chico miró al suelo para que no le cayera nada en los ojos.

Y así pasaron los minutos hasta que el aguacero cesó y la sierra quedó al ralentí, y el chico alzó la vista.

No se puede lim piar mucho más, dijo, y desanduvo el ascenso, y al pisar tierra Tráeme un par de deditos, dijo, y soltó la sierra en el hormigón y se sacudió el pelo y los hombros y los brazos, y el chico lo imitó y entró en la casa.

Antes de salir al patio con el vaso lleno en los dedos oyó que el motor de la sierra se detenía en seco y tras atravesar el umbral lo vio acuclillado, vertiendo gasolina en el depósito, derramando parte, y al ver al chico dejó él a un lado el bidón y cogió el vaso, y al chico lo asaltó el olor abrasivo de la gasolina y se pasó por la nariz el dorso de la mano. Él bebió. Miró el pino mutilado. Qué calor, dijo.

Va a haber que cortar por la hor quilla, dijo.

El cielo era enorme, y sobre el patio de hormigón seco y caliente sus sombras eran pequeñas.

Cortar pri mero la más grande. Sorbo. Otro. El chico escuchaba como si tuviese algo que decir después de escuchar. Subirse a la horqueta y cortar, de arriba aba jo. Sorbo. Pues venga, Vamos a ello.

Último sorbo.

Me cagoen dios qué ca lor, dijo.

La sierra mecánica arrancó ahora al primer tirón, y él la aceleró un par de veces. Fue hacia la escalera y el chico lo siguió. Aceleró de nuevo la sierra, y aquel zumbido pareció expresar mejor que cualquier palabra lo que allí acontecía. Repitieron la operación, y al llegar él al final de la escalera y poner el pie derecho sobre la horqueta Ahora cuando me suba, dijo, a gritos, coges la escalera y luego te ap artas, y el chico asintió, y con la palma de la mano izquierda apoyada en la rama izquierda puso él entonces ambos pies sobre la horqueta, y el

chico cogió la escalera y se apartó, y dando pasos de espaldas y sin dejar de mirar a su padre de pie en equilibrio sobre la horqueta lo vio acuclillarse y lo vio acercar la cadena de la sierra a la base de la rama, y vio cómo de ella comenzó a brotar serrín como brota agua de una tubería rota, el rugido del motor se hacía cada vez más intenso a medida que la cadena penetraba en la madera ante los labios endurecidos de su padre hasta que el propio peso de la rama enorme completó la amputación con un crujido que pareció surgir de una época remota, prehumana, glacial, para inaugurar una nueva era sónica, un crujido inesperado que hizo que el tronco del pino que crecía junto a la puerta de la casa de campo se sacudiera, y también que su padre comenzara a perder el equilibrio y que se viera forzado a dejar caer la motosierra, que se estrelló contra el hormigón y al instante se detuvo, y también que su padre agitara los brazos en el aire apelando a una inexistente capacidad de vuelo, o en busca de una sujeción que no había, hasta que por fin la verticalidad le fue del todo denegada y se vio obligado a saltar justo al mismo tiempo en que la rama quebrada crujió de nuevo y formando un ángulo se dobló hacia el suelo y quedó unida al tronco solo por una fina lengüeta, rama que volvió a sacudirse cuando su padre dio definitivamente contra el hormigón y rodó hacia un lado con una desmaña que casi pareció que fingía hasta quedar bocarriba, inmóvil, entregado, rendido, como inmóvil, entregado, rendido queda el pez sobre cubierta, sobre la obra muerta, y entonces la rama del pino que crecía junto a la puerta de la casa crujió una última vez para ir a reunirse —con esa misma casualidad asignificativa con que contra la arena rompen las olas, esa casualidad con que de un codazo se envía sin querer un lápiz de la mesa al suelo, o esa casualidad con que la hoja desprendida de algún periódico, después de que el viento la haya enviado jovial hasta las alturas, regresa mecida al suelo, o esa casualidad con que un libro cae del estante de los libros— primero con la suave caricia del vacío y después con el esternón de su padre, vaciándolo de aire, en el momento justo en que su madre, atraída por el golpe de la motosierra contra el hormigón y el ruido de la rama al estallar, aparecía en el umbral para presenciarlo todo, y gritó, y sin quererlo con su grito convocó a los perros, y sin el permiso de sus pies artrósicos quiso correr hacia el cuerpo tendido de él, y lo agarró de los hombros, y gritó su nombre pero él, los ojos abiertos hacia el cielo del color del mar en verano, los brazos extendidos, no dijo nada, tan solo boqueaba, y ella volvió a gritar, y miró a su alrededor, y vio al chico quieto, aferrado a la escalera de mano, y ella fue entonces hacia el coche y abrió una de las puertas traseras y Al hospital, gritaba, y como si corriera sobre brasas se dirigió luego a la cancela y descorrió el cerrojo, y la abrió también, de par en par, y Ayuda gritaba mientras se

adentraba un par de pasos en el carril y Ayuda, volvió a gritar, y tambaleante dio al frente, o a un lado quizás, algunos pasos más sin parar de gritar, lamentos atragantados y balbuceos ahora más que palabras, y ahí se quedó, con la mirada indecisa y anegada de futuro, las manos en la boca, a la vez que el chico, tras soltarse de la escalera como se suelta el buzo de la escala, se acercaba despacio al cuerpo espasmódico y contorsionado y rígido de su padre en el ondulante y falso oleaje de la sombra de la colada en el hormigón, varado en los bajíos de un mar indemostrable, y más despacio aún, con la punta de la punta de un dedo, le tocaba un ojo como se toca el ojo de un pez fuera del agua, justo cuando los perros comenzaban, carril arriba, su alegre carrera hacia ninguna parte.

AGRADECIMIENTOS

Este libro habría sido imposible sin el apoyo y la fe de Eva San Martín. Estoy en deuda eterna con Bárbara, Pedro y Agustín, de La Navaja Suiza. Gracias a Fernando Peña, porque fue él quien me dio a luz. Gracias también a Laura Durán, por haber tenido que soportarme, y a Alejandro Basteiro, y a Alejandro Morellón, por su tiempo, por compartir conmigo cuanto saben. A Nieves Santiago, por tanta inexplicable incondicionalidad. A Helena y a Julio, por ser el alumbrado infalible que son y serán siempre. A aquel profesor que hace muchos años me dijo que siguiera escribiendo. A las personas que se han hecho con este libro y que, además, lo han leído. Muchas gracias.

Tengo siete gatos: Cooper, Cabo, Martes, Billy, Travis, Frida y Brackett Omensetter. Cada día me recuerdan, sin pedirme nada a cambio, la incontestable suerte que es estar vivo. A los siete, gracias.

NOTAS

1 Pessoa: «Faltamos si nos entretuvimos».

2 Carson: «¿Qé aspecto tienen las distancias?».

3 Melville: «Los vasos vacíos y los ojos llenos».

4 Quin: «¿Por qé se mueve el mar, qé hace que se mueva?».

5 Sukenick: «Un modo de enmendar el mundo».

6 Barthelme: «Hay padres que se han convertido en hermosas réplicas de animales marinos».

7 Hawkes: «Donde los mares son negros y los peces están muertos».

8 Heine: «Las olas susurran lo de siempre».

9 Nietzsche: «Imposible vivir sin olvidar».

10 La Rochefoucauld: «Ni al sol ni a la muerte se los puede mirar de frente».

11 Heidegger: «Nadie es sí mismo en su cotidianidad».

12 Larkin: «La nueva ausencia es siempre la misma».

13 Bloch: «La esperanza sin objeto no puede vivir».

14 Bachelard: «Siempre hay que dejar abierto el anhelo de otra parte».

15 Kafka: «¡Como a un perro! Fue como si la vergüenza debiera sobrevivirlo».

16 Woolf: «Aquellas luces le parecieron cosas que iban a ocurrirle a él».

17 Burns: «… pero el secreto yace en el medio, y sabe».

18 Acker: «Todo lo mental es real».

19 Barth: «En resumen, el estado de dicha del ahogado».

20 Hölderlin: «… pero toma / y da memoria el mar».

21 Gass: «O sea que es cierto, ser sin ser es azul».

22 Wittgenstein: «Nombrar algo es similar a colgar una tablilla con un nombre a una cosa».

23 Sontag: «Hay muchísimas vidas. Todas son posibles».